

Las aventuras de

TXANO Y OSCAR

LA PIEDRA VERDE



PATRICIA PÉREZ

JULIO SANTOS

Título: La piedra verde
Colección: Las aventuras de Txano y Óscar

© Texto: Julio Santos García, 2017
© Ilustraciones: Patricia Pérez Redondo, 2017
Obra registrada en SafeCreative
www.txanoyoscar.com
julioypatri@txanoyoscar.com

1ª edición mayo 2017



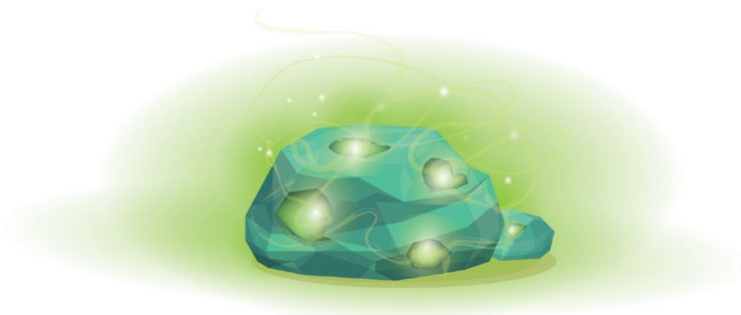
La obra «Las aventuras de Txano y Óscar - La piedra verde» ha sido creada por Patricia Pérez y Julio Santos y está sujeta a una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Puede consultar los términos de la licencia en la siguiente url:
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es_ES

TXANO' OSCAR

LA PIEDRA VERDE

Ilustraciones | Texto
Patricia Pérez | Julio Santos





TXANO

Hola, mi nombre es Txano y este de aquí abajo es mi hermano Óscar. Somos mellizos, aunque yo soy el mayor porque nací cinco minutos antes y ya verás que eso se nota.



ÓSCAR

La más pequeña de la familia es nuestra hermana Sara-Li. Ella encontró a *Maxi* en una caja de cartón en la calle y convenció a mamá para traerla a casa.

Aquí tienes al resto de nuestra familia: el del pelo rojo y la barbita rara es nuestro padre. Se llama Alejandro, pero todos le llaman Álex. Tiene una tienda de antigüedades en la ciudad.

BÁRBARA

ÁLEX

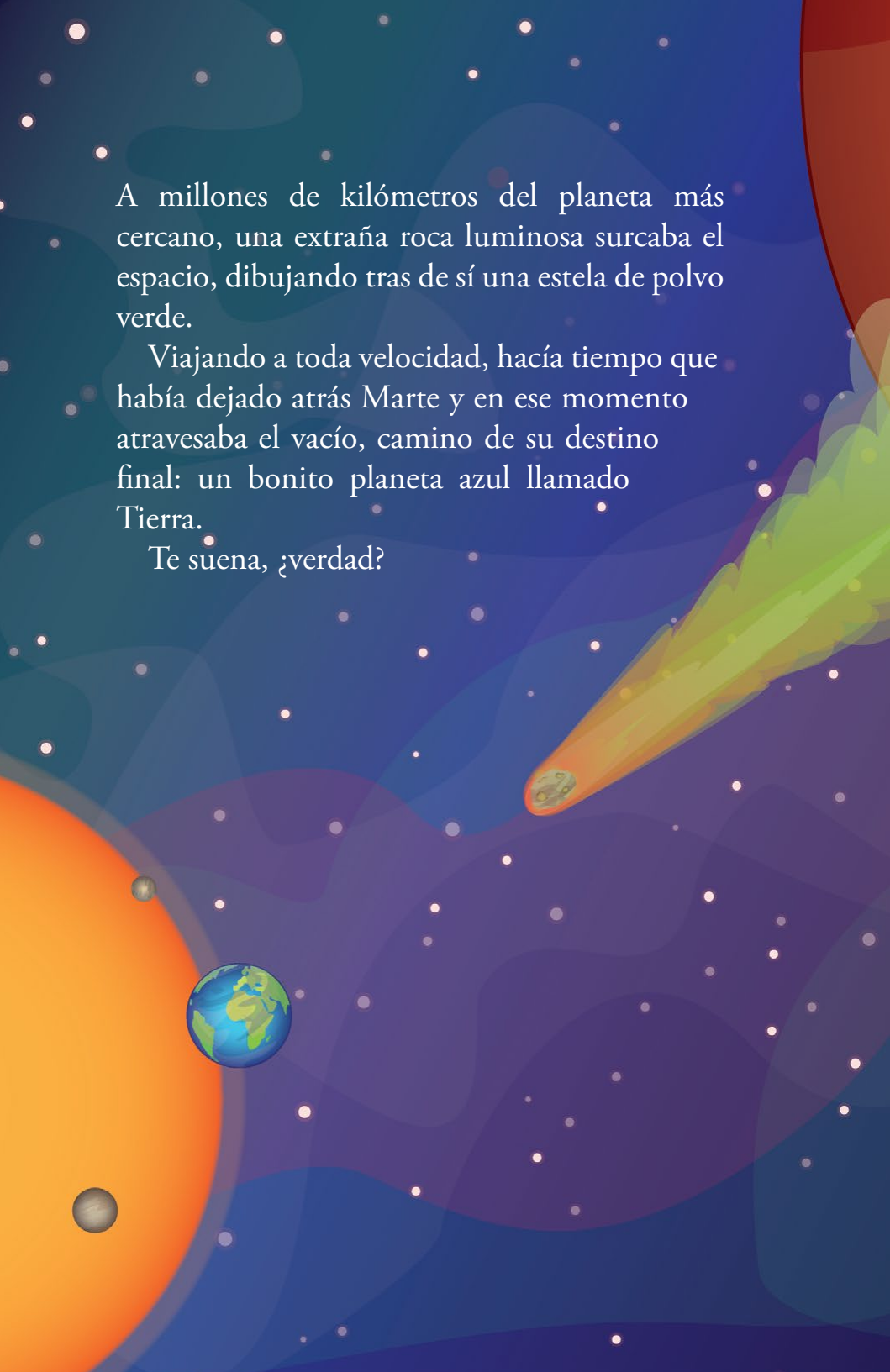
Nuestra madre se llama Bárbara y es traductora. Cuando la hacemos enfadar... ¡Ufff! Su nombre se queda corto.



MAXI


SARA-LI



A vibrant illustration of outer space. The background is a deep blue and purple gradient, filled with numerous white stars of varying sizes. In the lower-left corner, a large, bright orange sun is partially visible. To its right, a small blue and green Earth is shown. Further right, a grey, cratered planet (likely Mars) is visible. A large, bright comet with a yellow and orange tail streaks across the sky from the upper right towards the center. The overall scene is dynamic and colorful.

Viajando a toda velocidad, hacía tiempo que había dejado atrás Marte y en ese momento atravesaba el vacío, camino de su destino final: un bonito planeta azul llamado Tierra.

Te suena, ¿verdad?



Por fortuna, era un asteroide pequeño y no suponía una amenaza global, pero escondía un increíble secreto.

En pocos días, esa extraña piedra iba a cruzarse en las vidas de Txano y Óscar y las iba a cambiar para siempre.

Pero como vas a ver enseguida, mientras la piedra seguía avanzando, ellos tenían otras preocupaciones...



¡HOLA, ME LLAMO TXANO!

Era casi mediodía. Estaba de pie junto a la puerta de la cocina y acababa de disparar a nuestra madre con un bote de kétchup.

Y lo peor era que mi hermano había hecho lo mismo con otro de mayonesa.

Pero lo malo, malísimo de verdad, era que los dos habíamos acertado. Había sido sin querer, pero le habíamos dado de lleno.

Sí, ya sé, me vas a decir que no es para tanto y que un chorro de kétchup o de mayonesa no es mortal. ¡Y tienes razón! Mortal no era, pero podía significar un castigo de, por lo menos, nivel siete.

Sé que todo esto suena un poco extraño, pero te aseguro que no es que estuviéramos locos o que la hubiéramos confundido con una ración de patatas fritas. La culpa de todo la tenía la lluvia.

Pero déjame que te cuente la historia desde el principio. A ver..., empecemos de nuevo.

Hola, me llamo Txano.

Bueno, en realidad me llamo Jorge, pero, aparte de mi abuela Encarna, nadie me llama así desde hace muuucho tiempo. Ni siquiera mis padres.

Un día, cuando tenía dos años, me puse un gorrito de lana roja y verde al que llamé «txano», y me gustó tanto, que ahí se quedó. No me lo quitaba ni para dormir y toda la familia empezó a llamarme así.



Cuando cumplí los seis, me quité el gorro, pero ya no pude quitarme el nombre.

Pero no me importa. Me gusta más que Jorge.

Ya conoces a mi hermano. Sí, ese, el de la mayonesa. Es mi mellizo y se llama Óscar.

Aunque somos mellizos, yo nací cinco minutos antes, así que soy el mayor. Y a pesar de que en el físico nos parecemos bastante, nuestros padres dicen que somos como la noche y el día.

Es cierto que nuestro carácter no tiene nada que ver porque, por decirlo con suavidad, Óscar es un cabra loca que hace las cosas sin pensar nunca en las consecuencias. Aunque, por otra parte, es un superfriki de la tecnología y, cuando se pone con uno de sus inventos, es capaz de estar días trabajando totalmente concentrado y crear cosas increíbles.

Yo, sin embargo, ni soy tan impulsivo ni soy tan friki. Vamos, que me pienso un poco más las cosas antes de hacerlas, pero no tengo esa chispa de genialidad que, a veces, tiene mi hermano.

Pero eso sí, a mí me encanta contar historias.

Aunque nuestro carácter sea distinto, también es cierto que compartimos un montón de aficiones. Sobre todo, la pasión por el Lego, los videojuegos y las películas de superhéroes.

¡Ah!, y a los dos nos encantan las pizzas y los espaguetis boloñesa que prepara nuestra madre.

Vamos con la historia y no te preocupes por los demás protagonistas, que cuando vayan apareciendo, ya te los iré presentando.

Hacía casi una semana que habíamos terminado el colegio y desde entonces disfrutábamos o, mejor dicho, sufríamos unas lluviosas y aburridas vacaciones.

Habría estado bien estrenar nuestra libertad con sol y calor o, por lo menos, sin lluvia, pero no fue así y el mal tiempo nos acompañó durante toda la semana.

Jugar todo el rato con la tablet o con el Lego estaba bien para un par de días, pero cuando ya llevabas una semana sin hacer otra cosa, te aseguro que no era tan divertido. Óscar y yo teníamos un montón de planes alternativos, pero todos necesitaban de un cielo azul y un suelo seco y las opciones para divertirse empezaban a escasear.

Nuestra madre se llama Bárbara y trabaja en casa traduciendo libros, así que aquella semana fue la primera sufridora de nuestros aburrimientos vacacionales.

Después de pasar toda la mañana buscando cosas con las que divertirnos, habíamos agotado nuestro repertorio y, aburridos, nos perseguíamos por la casa peleándonos por cualquier tontería.



En una de esas peleas, a Óscar se le ocurrió que podíamos hacer un «Burger Combat». Sí, ya sé que, con ese nombre, tendría que haberle dicho que no sin preguntar, pero reconozco que mi curiosidad pudo más y quise saber qué barbaridad se le había ocurrido esta vez.

Con un brillo en la mirada que yo ya conocía de desastres anteriores, se dirigió a la cocina con paso decidido y, sin decir nada, abrió la nevera. Sacó un bote de ketchup y otro de mayonesa y los sujetó en las manos frente a mí.

Entonces, me miró muy serio y entregándome el primero de ellos me dijo: «Esta es tu arma, soldado. Suerte y ¡que gane el mejor!».

Y diciendo esto, se retiró hasta el otro lado de la cocina, abrió el bote y me apuntó con la clara intención de dispararme un buen chorro de aquel mejunje.

Lo mires por donde lo mires, era una idea nefasta típica de Óscar y debería haber aprovechado ese momento para salir corriendo. Pero después de una mañana superaburrada, aquella ocurrencia de mi hermano hasta tenía su gracia y, sin pensarlo demasiado, abrí mi bote para defenderme.

¡Flushhh! El chorro de mayonesa pasó rozándome y acabó en la pared.

¡Flushhh! Contrataqué con el ketchup, que falló por poco y acabó en el suelo.

Después de unos cuantos ataques y contrataques, la cocina y nosotros mismos no teníamos demasiado buen aspecto.

Pero quizá todo hubiera ido bien si a nuestra madre no se le hubiera ocurrido entrar en ese momento.

¡Flushhh! ¡Flushhh! Un segundo después, un churretón rojo y otro amarillo resbalaban a cámara lenta por sus mofletes.

Óscar y yo nos quedamos paralizados mirándola con cara de bobos mientras bajábamos lentamente

nuestras armas, digo... nuestros botes, y los dejá-
mos sobre la mesa.

Normalmente, nuestra madre era bastante tran-
quila, pero cuando se enfadaba de verdad... ¡Ufff!
Era como un huracán de esos que salían en la tele.

Y yo estaba seguro de que los churretones de su
cara más los nuestros y los de la cocina, daban de
sobra para un enfado de categoría épica.

Durante unos segundos, se quedó allí quieta, sin
abrir los ojos, seguramente pensando a qué tortura
china someternos a continuación. O se nos ocurría
algo rápido o nuestro día se había acabado.

Entonces, Óscar puso cara de que había tenido
una idea y me hizo una seña para que le imitara.

Nos fuimos
acercando a nues-
tra madre poco a
poco, con miedo
de que abriera
los ojos en cual-
quier momento
y nos diera dos
supercollejas
de grado cinco,
pero no se mo-
vió.



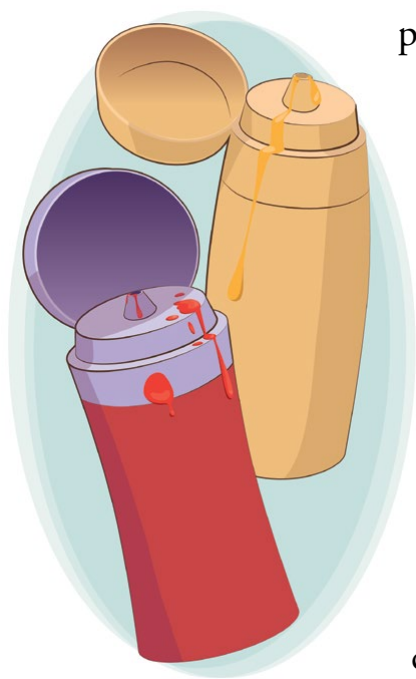
A ver si iba a resultar que el ketchup y la mayonesa tenían propiedades paralizantes y nosotros sin enterarnos.

Moviéndonos despacio, pusimos dos banquetas a los lados y nos subimos en ellas para arrimarnos a su cara. Viendo esto, pensé que la idea de Óscar era ablandarla a base de besos,

pero de pronto, empezó a darle lametones en los churretes de mayonesa y yo, con el cerebro totalmente desconectado, le imité encargándome de los de ketchup.

¡Ay, ay, ay! ¡Pero que estábamos haciendo? Mi hermano era el rey de hacer las cosas a lo loco y, para colmo, yo le seguía. Esto no podía acabar bien.

En medio de los lametones, nuestra madre abrió los ojos, resopló como un toro removiéndose y pegó un grito que se debió de escuchar hasta en los sistemas exteriores de la galaxia.



La onda expansiva nos tiró de las banquetas y desde el suelo miramos su cara, embadurnada ahora con un amasijo de babas rojas y amarillas.

Alertadas por el grito, asomaron por la puerta de la cocina nuestra hermana pequeña, Sara-Li, y Maxi, su perrita que, oliéndose el peligro, se quedaron mirando desde allí, sin entrar.

Sara-Li era de origen chino y tenía tres años menos que nosotros.

Un día, justo cuando Óscar y yo cumplimos cinco años, papá y mamá nos explicaron que nosotros teníamos mucha suerte porque teníamos papás, pero que había muchos niños en el mundo que no tenían.

Nos dijeron que sería muy bonito poder compartir nuestra familia con uno de ellos y nos preguntaron si nos gustaría tener una hermanita.

Creo que, aunque no entendimos muy bien a qué se referían, la idea sonaba genial. Así fue como, casi un año después, nuestros papás se fueron a China y volvieron con Sara-Li.

Ya desde pequeña era lista como una ardilla y nuestros padres decían que era más responsable que nosotros dos juntos.

Una tarde, yendo por la calle con mamá, encontró un perrito abandonado en una caja que

resultó ser una perrita. Sara-Li convenció a nuestra madre para traerla a casa «solo unos días». La bautizó como Maxi y se quedó con nosotros desde entonces.

A pesar de que de vez en cuando nos estropeaba la diversión con su sentido de la responsabilidad, se hacía querer y todos la adorábamos.

Y ahora, ella y Maxi estaban en la puerta observando la escena mientras nuestra madre nos atravesaba con su mirada láser.

Pero entonces, sonó el teléfono.

Sonó una vez. Dos veces. Tres veces...

Nuestra madre lo escuchaba impasible, sin dejar de mirarnos.

Por fin, a la cuarta, tomó aire y, apuntándonos con un dedo mientras con la otra mano se limpiaba un poco la cara, salió de la cocina para contestar.

Era el tío Alberto, el hermano de mamá. ¡Guau! Eso sí que era tener suerte. Hablar con él siempre le ponía de buen humor. Quizá todavía nos podíamos salvar.

Por si acaso, me adelanté antes de que a Óscar se le ocurriera otra de sus ideas y me encargué yo mismo de organizar la limpieza del desastre.

Hasta Sara-Li nos echó una mano, porque cuando mamá se enfadaba de verdad con nosotros, nunca se



sabía cómo podía acabar la cosa y, a veces, le acababa salpicando también

a ella.

Para cuando nuestra madre terminó de hablar, la cocina estaba casi limpia.

Sin decir nada, se plantó en la puerta con cara de que habíamos agotado las reservas mundiales de paciencia, pero cuando nos vio trapo en mano, acabando de limpiar, se le relajó el rostro y se quedó parada un momento.

—Os habéis librado por los pelos —dijo muy seria—. Habéis tenido mucha suerte de que llamara el tío, pero sobre todo, os libráis por haber tenido la idea de limpiar la cocina. Si me volvéis a montar una de estas, os pongo a barrer la casa con el cepillo de dientes. ¿Entendido? —dijo taladrándonos con los ojos.

¡Uf! No sé de donde sacaba nuestra madre esas ideas, pero mejor sería tener cuidado y dejar la mayonesa y el ketchup para las hamburguesas.

—¡Graaacias, mami! —dijo Óscar acercándose a ella con cara zalamera.

—¡No seas pelota, que seguro que esto ha sido cosa tuya! —le dijo mamá apartándole—. ¡Escuchad! —continuó hablando mientras incluía con la mirada a Sara-Li y a Maxi—. Antes de acabar untada como una ración de patatas, venía a proponeros un plan para el fin de semana. Parece que el tiempo va a ser bueno, así que podríamos hacer una salida familiar y estrenar la tienda de campaña que se muere de aburrimiento en el sótano. ¿Qué tal si nos vamos al Lago de los Osos?

—¡Sííí! —gritamos todos a coro, sin sospechar que aquel sería el principio de nuestras aventuras.

2

EL LAGO DE LOS OSOS

Con ese nombre, seguro que te imaginas un sitio con un montón de osos escondidos tras los arbustos, esperando para robarnos la comida, ¿verdad?

¡Pues no! Nuestro padre nos dijo que hacía tiempo que por allí ya no quedaban animales grandes; exceptuando a los humanos, claro.

El lago estaba en un lugar superchulo, rodeado de bosques y pequeñas colinas rocosas. Después de un rato conduciendo despacio por una estrecha carretera flanqueada por árboles, llegamos a un claro junto a la orilla y papá anunció:

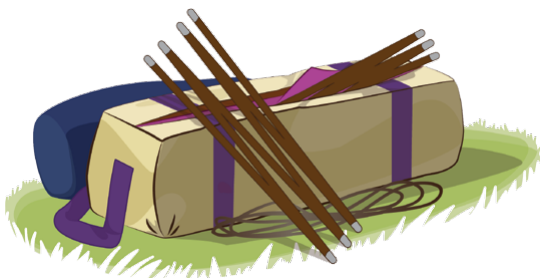
—¡Familia, hemos llegado!

Y mientras se bajaba del coche y se estiraba, añadió:

—¡Ahhh...! Hace más de diez años que no venía por aquí, pero veo que sigue igual. Venga, todos abajo, que hay que montar el campamento. ¡Lo vamos a pasar genial!

Y frotándose las manos, abrió el maletero y empezó a sacar trastos y más trastos, como si fuéramos a quedarnos un mes. Y eso que mamá no le había dejado meter ni la mitad de lo que quería.

Antes de que se me olvide aprovecho para presentaros a nuestro padre: su nombre es Alejandro, aunque todo el mundo le llama Álex. La única que le llama Alejandro es nuestra madre cuando se enfada con él.



Bueno, en realidad, cuando se enfada le llama por el nombre y el apellido. «¡Alejandro Mediano!», le dice con tonillo de profesora de matemáticas. Y cuando se enfada mucho, mucho, y quiere fastidiarle de verdad, le llama Alejandro «Medario». ¿Lo pillas?

Creo que este juego de palabras le da tanta rabia porque él no ha encontrado todavía uno parecido para llamar a mamá; y mira que con Bárbara se pueden decir «barbaridades», ¿eh?

Tiene una tienda de antigüedades en la ciudad y siente debilidad por el arte oriental, aunque ya vas

a descubrir en esta historia que tiene otras facetas interesantes que ni siquiera nosotros conocíamos.

Pero volvamos al Lago de los Osos.

En medio de aquella montaña de trastos que papá había sacado del coche, sobresalía un enorme saco que debía de ser la tienda de campaña que compró el verano anterior.

En cuanto lo abrió, ignoró por completo el libro de instrucciones y se puso a sacar varillas, cuerdas y todo el resto del material y a distribuirlo por el suelo.

Cuando vimos aquello, Óscar y yo nos miramos, y al instante tuvimos claro cómo iba a acabar, así que nos quedamos por los alrededores observando la maniobra desde una distancia segura.

—¿No sería mejor seguir las instrucciones? —le preguntaba nuestra madre de vez en cuando.

—Las instrucciones son para los novatos. Tú déjame a mí y verás cómo esto está listo en un pispás.

Dos horas y siete u ocho discusiones después, la tienda seguía sin montar y papá se desesperaba buscando por el suelo varillas que faltaban. O eso decía él.

—Esta tienda está defectuosa —dijo sentándose sudoroso en una de las sillas de camping—. Le faltan piezas y así no hay manera de montarla.

—A lo mejor lo que está defectuoso es tu cerebro —replicó nuestra madre con tono tranquilo—.

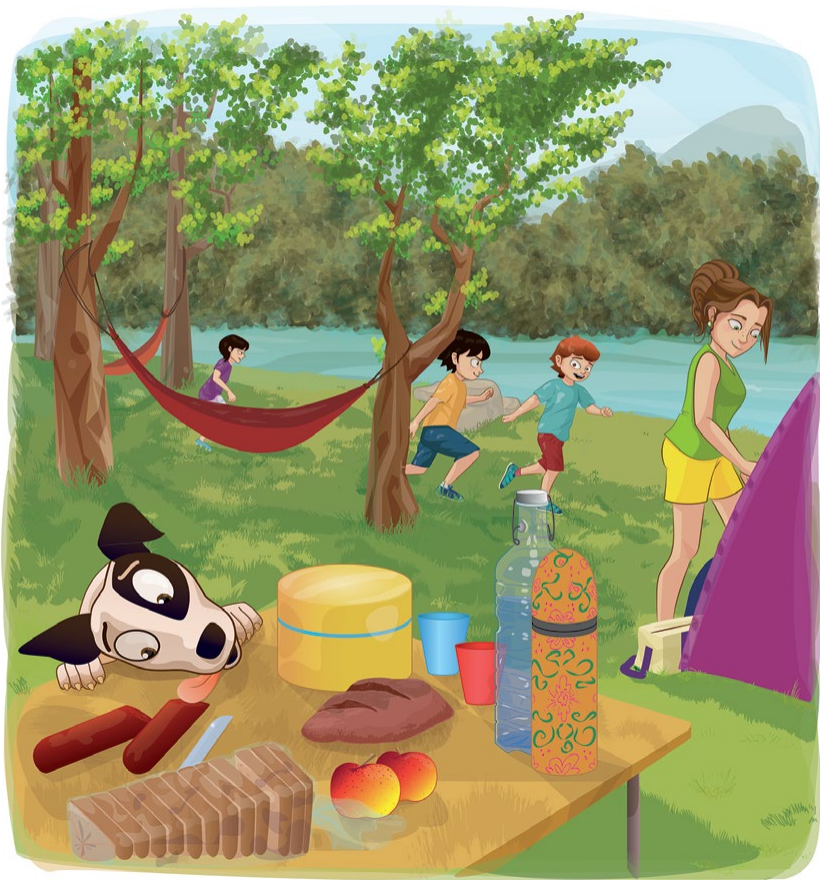
Mira, se va acercando la hora de comer. Yo creo que sería un buen momento para empezar a leer el manual, ¿no crees? —le dijo con el tonillo que usaba para chincharle.

Debo reconocer que, en general, nuestro padre es bueno montando cosas; por eso, para él mirar el libro de instrucciones es como cometer un sacrilegio, y, cuando la cosa se le tuerce, mamá lo disfruta horrores con una sonrisa de oreja a oreja.

No voy a aburrirlos con los detalles, pero, como seguro que ya te imaginas, media hora después de leer nuestra madre las instrucciones y seguir las, la tienda estuvo montada y, ¡oh sorpresa!, no faltaba ninguna pieza, aunque papá siguiera asegurando que ella las había escondido.

Para cuando llegó la hora de comer, nuestro pequeño campamento estaba listo. ¡Mmm! Estarás de acuerdo conmigo en que la comida en el campo sabe mucho más rica, ¿verdad? Mamá había tenido la feliz idea de llevar espaguetis de los que nos encantan, así que Óscar y yo repetimos. Bueno, sobre todo Óscar, que cuando le gusta algo, no tiene medida.

Nuestros padres colgaron de los árboles unas hamacas y decidieron que después de una mañana de duro trabajo montando el campamento, una siesta era lo mejor para bajar la comida.



Sara-Li se había traído el último libro de su colección favorita y también prefirió quedarse allí, leyendo un rato en la hamaca.

Nuestra hermana podía hacer lo que quisiera, pero nosotros no estábamos dispuestos a quedarnos tumbados, mientras a nuestro alrededor había un montón de sitios por explorar.

Pedimos permiso a nuestros padres, asegurando que no íbamos a alejarnos demasiado y nos permitieron ir con la condición de llevarnos a Maxi.

Llenamos nuestras mochilas con agua y algo de comer y nos pusimos en marcha hacia una pequeña colina que no quedaba lejos del campamento y que parecía tener unas vistas estupendas sobre todo el lago.

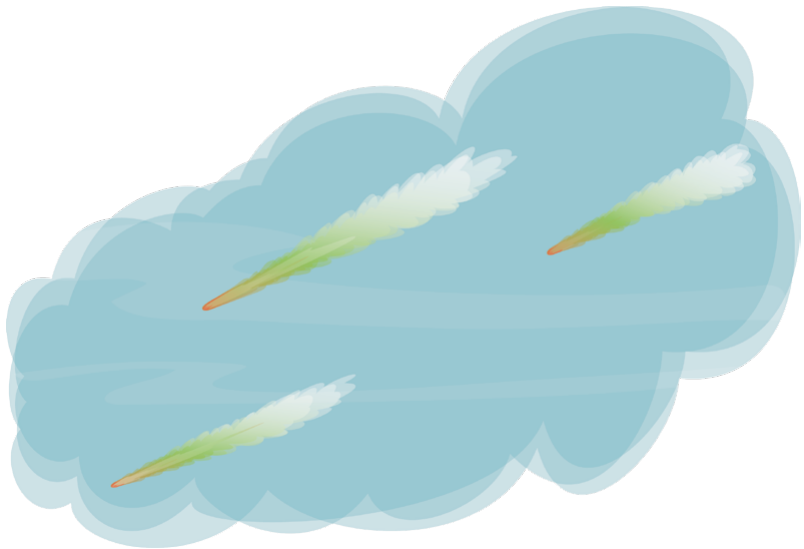
Aunque a los dos nos encanta trepar y saltar por las rocas, aquella vez tuvimos que buscar senderos fáciles porque Maxi venía con nosotros y ella no podía escalar.

Pero a pesar de que el camino era fácil, nos entretuvimos saltando de aquí para allá en cada grupo de piedras que íbamos encontrando, así que llegamos arriba machacados. Eso sí, la vista era realmente genial.

Nos sentamos a echar un trago y a descansar un poco, cuando Maxi se puso a ladrar como loca mirando a las nubes. Intentamos tranquilizarla, pero no hubo manera.

Entonces, empezó a ladrar más fuerte y, justo en ese momento, tres pequeñas bolas de fuego cruzaron a lo lejos frente a nosotros y desaparecieron enseguida, como las estrellas fugaces.

—¡Haaala, tío! ¿Has visto eso? —pregunté poniéndome de pie sin quitar los ojos del cielo.



Óscar se incorporó también y asintió con la boca abierta.

Nunca habíamos visto estrellas fugaces de día y mientras todavía estábamos alucinados, mirando el lugar por donde había desaparecido la última, Maxi empezó a ladrar de nuevo.

De repente, a nuestra derecha surgió otra bola luminosa más grande que las anteriores y nos dio un susto de muerte.

—¡Ostras! —dijo Óscar encogiéndose.

Esta vez la bola no desapareció. Cruzó el cielo estrellándose al otro lado del lago y dejó en su camino una larga estela humeante que poco a poco se fue desvaneciendo.

Aparte de un pequeño destello luminoso y un crujido lejano de troncos partidos, no se sintió nada más. Si nuestros padres todavía estaban durmiendo, era muy probable que no se hubieran enterado de nada.

Una delgada columna de humo elevándose sobre los árboles nos señalaba el punto del impacto, pero al cabo de unos pocos minutos, desapareció como si nunca hubiera estado allí.



Maxi nos devolvió a la realidad con un ladrido nervioso y Óscar se giró hacia mí, alucinado.

—¿Eso era un meteorito? —preguntó—. ¿Un meteorito ha caído delante de nuestras narices? ¡Guau, yo flipo! —añadió sin poder parar quieto en el sitio—. ¿Has visto cómo se ha estrellado? ¿Has visto cómo ha desaparecido el humo? ¿Has visto...? —siguió como una ametralladora.

—¡Vale, vale...! He visto lo mismo que tú —dije intentando tranquilizarle—. Tenemos que bajar y contárselo a papá y a mamá. No ha caído muy lejos del campamento.

—¡Ah, no! Si bajamos y se lo contamos, fijo que nos volvemos para casa y adiós fin de semana de acampada —respondió Óscar—. De eso, nada. No pienso perder la oportunidad de ver lo que ha caído en el bosque.

Se quedó pensando durante un momento y poniéndose frente a mí, me dijo:

—¡Escucha! Esto es lo que vamos a hacer...



3

UN METEORITO EXPLOSIVO

Quedaba claro que no podíamos contarles nada a nuestros padres o nos quedaríamos sin meteorito, y se nos había hecho tarde ya para ir por nuestra cuenta, así que bajamos la colina y llegamos al campamento con la idea de organizar una excursión para el día siguiente.

Todos se habían despertado ya de sus siestas. Los mayores estaban sentados leyendo mientras nuestra hermana jugaba en una esterilla en el suelo.

Maxi salió corriendo hacia ella.

Se giraron al oírnos llegar, pero nadie comentó nada. Era evidente que no habían visto caer el meteorito, así que, sin darle más vueltas, pusimos en marcha el plan.

—¡El paseo ha estado genial! Hemos subido hasta lo alto de una colina y desde arriba se veía casi todo el lago y tenía muy buena pinta —empecé—.

Se nos ha ocurrido que mañana podríamos hacer una excursión para recorrer la orilla hasta el otro lado —añadí con toda la convicción que pude.

Habíamos quedado en que lo diría yo, porque nuestros padres estaban bastante acostumbrados a las trastadas de Óscar y se lo hubieran pensado más para hacerle caso.

—¡Ah, buena idea! —dijo enseguida papá al que la tarde de descanso parecía que le había sentado bien.

—¿Habéis visto algún camino para recorrer la orilla? —preguntó nuestra madre, siempre con su sentido práctico.

—No se ve ninguno claro —tuve que confesar—. Pero podemos seguir la línea del agua. Desde allí arriba no parecía muy complicado.

El plan quedó aceptado y a la mañana siguiente nuestros padres repartieron algo de comida y el agua en sus dos mochilas y salimos a recorrer la orilla del lago.

Óscar y yo también llevábamos nuestras mochilas y, tal y como habíamos quedado, metí la cámara de fotos que me habían regalado en el cumpleaños.

El camino fue más pesado de lo que habíamos previsto porque la orilla era una poco accidentada en algunos tramos y nos obligaba a dar grandes rodeos para poder seguir.

Así que, cuando calculamos que estábamos cerca de donde había caído el meteorito, no hizo falta mucho para convencer a todo el mundo de que podíamos parar allí mismo a comer y descansar un rato.

—¡Uf! Un buen paseo, ¿eh? —dijo Óscar justo antes de atacar el bocadillo que le había pasado nuestra madre un microsegundo antes.

Nadie respondió porque ya estaban todos ocupados masticando. Hasta Maxi. ¡Hay que ver qué hambre dan las caminatas por el monte!



Nuestro plan seguía su curso y después de devorar los bocatas a la velocidad de la luz, pedimos permiso para dar una vuelta por los alrededores.

—No os alejéis demasiado y tened cuidado, que estamos muy lejos de cualquier hospital —dijo nuestra madre con ese retintín suyo que decía: «No os metáis en líos».

—¡No te preocupes, mamá! —le gritamos mientras ya nos alejábamos corriendo hacia el interior del bosque.

Cinco minutos después, paramos para orientarnos.

—No puede estar muy lejos. Creo que cayó un poco más adentro —dijo Óscar echando a andar despacio entre los árboles.

Según íbamos avanzando, los ruidos de la naturaleza iban desapareciendo y nuestras pisadas se oían cada vez con más claridad.

Al poco tiempo, el silencio ya era absoluto y parecía que fuéramos los únicos que hacíamos ruido en el mundo.

En ese momento, yo avanzaba el primero apartando las ramas a mi paso. Me giré un instante para decirle algo a Óscar, cuando tropecé y caí dentro de una especie de surco que aparecía excavado en el suelo frente a nosotros.

Enseguida vino mi hermano y me ayudó a levantarme, mientras me soltaba una pulla de las suyas respecto a mi habilidad como explorador.

Por alguna razón, dejó de reírse y, como atraídos por un imán, los dos nos giramos hacia la izquierda y recorrimos con la mirada la zanja que continuaba en esa dirección. Algo había dejado en su camino montones de tierra levantada y una buena colección de troncos partidos.

Era muy probable que el pedrusco humeante estuviera al final de aquel estropicio, esperándonos. Y lo lógico hubiera sido dirigirnos hacia allí, pero a pesar de tener el objetivo de nuestra búsqueda tan cerca, los dos permanecemos inmóviles, como si tuviéramos los pies clavados al suelo.

En medio de aquel silencio, un graznido sobre nuestras cabezas sonó casi como un trueno y nos hizo pegar un salto. Mientras mirábamos hacia

arriba, un cuervo pasó volando sobre las copas de los árboles siguiendo la dirección de la zanja como si él también buscara la piedra. Teníamos que seguir.



Me puse al frente y fui avanzando paso a paso, siguiendo el rastro que había dejado la roca. De vez en cuando me giraba para asegurarme de que Óscar venía detrás.

¡Vaya hermano valiente que tenía! Normalmente era un bala, pero cuando llegaba la hora de la verdad, se quedaba en la retaguardia.

Avanzamos unos cuantos metros más y enseguida tuvimos a la vista el final de la zanja, que se iba haciendo cada vez más profunda y terminaba en una especie de pequeño cráter.

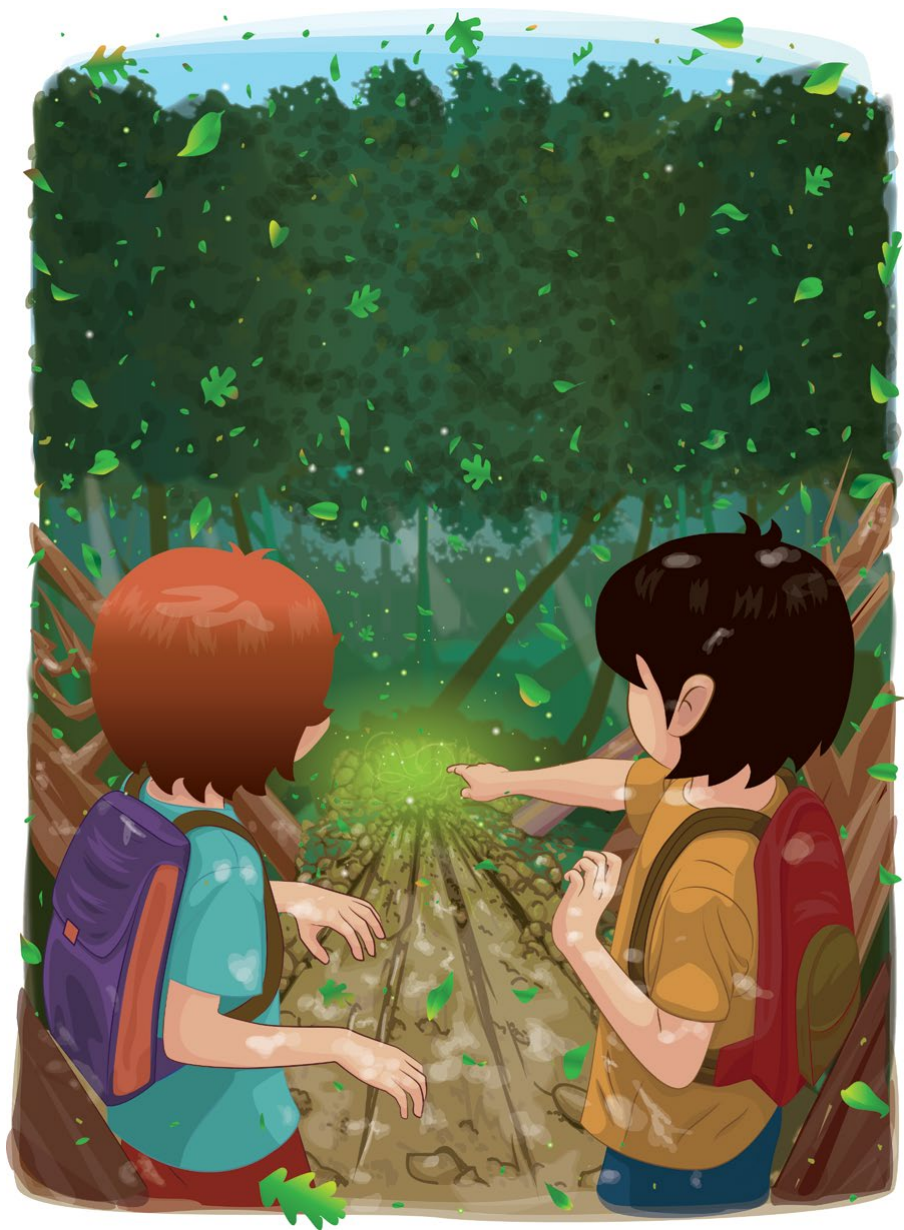
Desde la posición en la que habíamos parado, todavía no podíamos ver el fondo, pero un tenue resplandor sobre la vegetación lo delataba. Nuestro meteorito tenía que estar ahí.

Ahora que lo teníamos al alcance de la mano, ya no me sentía tan valiente como cuando lo vimos desde lo alto de la colina.

Antes de continuar, me di la vuelta buscando la presencia de mi hermano y casi me da un infarto cuando le vi pegado a mi espalda, con su cara asustada a pocos centímetros de la mía.

Me lo quité de encima con un empujón y, sin decir nada, le hice una seña para que se pusiera a mi lado.

Los últimos metros hasta llegar al cráter los hicimos avanzando juntos.



Yo tenía la seguridad de que, si en aquel momento hubiera sonado cualquier ruido, los dos habríamos salido de allí pitando sin mirar atrás, pero el silencio era total y nos plantamos en el borde del cráter con los ojos clavados en su interior.

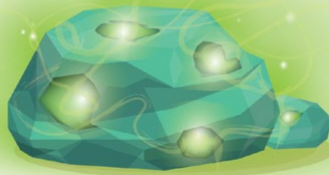
Una roca oscura de unos treinta centímetros descansaba en el fondo mientras un tenue brillo verdoso latía a su alrededor, como una neblina palpitante.

No sé ni cómo me acordé, pero, sin apartar la mirada de aquella piedra luminosa, me descolgué la mochila y saqué la cámara fotográfica.

Tuve el tiempo justo de disparar una foto y guardar la cámara antes de que Óscar me agarrara de la manga y tirara de mí.

Hipnotizados por el aura verdosa, bajamos al agujero y nos agachamos junto a la piedra.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —susurró Óscar mientras alargaba la mano hacia el pedrusco.



No pude responderle porque en ese momento todo sucedió casi a la vez: el latido de la piedra empezó a acelerarse, yo escuché un ladrido a mi espalda y, justo cuando me iba a girar buscando el origen del ladrido, la roca explotó en silencio en medio de un tremendo fogonazo verde.

Y lo último que recuerdo, fue salir volando.



¡VAYA SUSTO!

Cuando desperté me encontré tirado panza arriba mientras una lengua áspera me raspaba la cara. ¿Maxi estaba allí? No era posible. ¿Nos había seguido?

Me giré con esfuerzo y pude adivinar el cuerpo de Óscar echado a mi lado y a alguien que le sacudía gritando su nombre y el mío.

Esa voz... ¿Era Sara-Li? ¿Sara-Li y Maxi? ¿Pero cómo habían llegado hasta allí?

Aparté a Maxi de mi cara antes de que me la desgastara sin remedio e intenté incorporarme, pero un latigazo de dolor en la cabeza me convenció de que era mejor quedarme de rodillas.

Sara-Li me vio moverme y se acercó enseguida.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo nos habéis encontrado? —le pregunté cuando la sentí a mi lado.

—En cuanto os alejasteis un poco les dije a papá y a mamá que me iba a buscaros, pero solo me dejaron

venir con la condición de traerme a Maxi —explicó—. Cuando vi que avanzabais despacio, supuse que estabais buscando algo y me imaginé que no me ibais a dejar ir con vosotros, así que decidí seguiros en silencio, sin que me vierais —añadió.

Hice otra intentona de abrir los ojos y esta vez pude hacerlo sin marearme. No debía de tener muy buen aspecto, porque Sara-Li me miraba con expresión asustada.

En ese momento, Óscar se movió e intentó incorporarse, pero, como me había pasado a mí antes, tuvo que quedarse de rodillas esperando a desatontarse un poco, mientras un gesto de dolor cruzaba su cara.

—¿Qué ha ocurrido...? —preguntó mi hermano vacilante—. Yo solo intentaba tocar la piedra y... lo último que recuerdo es una luz verde y salir volando por el aire.

—No lo sé —dijo Sara-Li—. Desde donde yo estaba, no podía ver el fondo del agujero.

—Pero creo que escuché un ladrido justo antes de la explosión. ¿Era Maxi? —pregunté yo.

—Sí, al final se escapó corriendo hacia vosotros —respondió nuestra hermana—. Pero cuando estaba a punto de alcanzaros, un fogonazo verde surgió del cráter y los tres salisteis volando y caísteis aquí fuera.



Óscar intentó incorporarse de nuevo pero, con un gruñido de dolor, volvió a encogerse.

—Yo me acerqué al momento. —continuó Sara-Li— y Maxi se recuperó enseguida, pero a

vosotros no conseguía despertaros. Habéis estado varios minutos inconscientes —añadió con gesto preocupado.

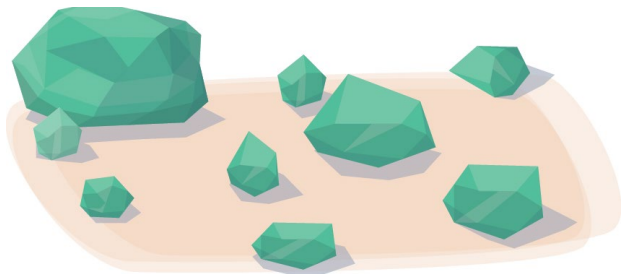
En ese momento, Óscar consiguió por fin abrir los ojos y nuestras miradas se cruzaron. Después miramos hacia el cráter y al instante supe que estábamos pensando lo mismo. A cuatro patas porque todavía no podíamos andar erguidos, nos acercamos al borde del agujero y miramos dentro.

La explosión había hecho el cráter más grande y profundo, pero la roca ya no estaba y en su lugar solo quedaban pequeños fragmentos que cubrían el fondo.

—¿Y ahora ha desaparecido? —dijo Óscar sin quitar la vista de los restos.

—¿Qué es lo que ha desaparecido? —preguntó Sara-Li, colocándose a nuestro lado.

Intenté incorporarme y esta vez lo conseguí, aunque tuve que hacerlo muy despacio. Óscar me imitó y los dos rodeamos a nuestra hermana que insistió.



—¿Qué encontrasteis en el cráter?

Nos miramos un momento y estuvimos de acuerdo en que, después de lo que había pasado, no podíamos ocultárselo.

—Ayer, cuando subimos a la colina, vimos caer algo del cielo. Parecía un meteorito y calculamos que tenía que estar por esta zona. Si se lo decíamos a papá y a mamá, no nos iban a dejar venir, así que montamos lo de la excursión para poder encontrarlo —dije.

—¿La historia de la excursión era para eso? —preguntó Sara-Li sorprendida—. ¡Cada día estáis más tontos! —añadió meneando la cabeza.

—Al llegar aquí había una roca en el fondo del cráter rodeada de una especie de luz verde que palpitaba —continué sin hacer caso de su comentario.

—Nos acercamos y yo intenté tocarla —prosiguió Óscar—, pero entonces, explotó. Bueno, no sé si fue una explosión porque no hizo ningún ruido, pero ese fogonazo de luz verde nos mandó por los aires.

—Y ahora solo quedan esas pequeñas piedritas que ves en el fondo —concluí.

Sara-Li se quedó un momento pensando, aunque enseguida nos miró y dijo en un tono que no admitía réplica:

—Tenemos que volver y contárselo a papá y a mamá. No les va a gustar nada que no se lo hayáis dicho antes —observó—. ¡Y vámonos ya, que llevamos un buen rato aquí y seguro que estarán empezando a preocuparse! —añadió muy seria.



5

UNA MEREcida BRONCA

Pero en algo se había equivocado Sara-Li.

Papá y mamá no estaban en absoluto preocupados. Estaban juntitos, sentados frente al lago y se entretenían en tirar piedras al agua como dos niños pequeños.

Se les veía disfrutando de verdad y si no supiera lo que me esperaba, creo que yo también hubiera disfrutado de verles así.

Al oírnos llegar, se dieron la vuelta sin levantarse y nos saludaron sonrientes. Pero la sonrisa duró solo un segundo porque en cuanto nos vieron las caras, supieron que había pasado algo.

Nuestra madre fue la primera en incorporarse.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó preocupada.

—Tranquilos. Estamos bien. Pero..., tenemos una cosa que contaros —dije yo, bajando la cabeza y buscando a mi hermano con la mirada.

—Por si acaso, mejor os sentáis —añadió Óscar «ayudando», como de costumbre.

Allí mismo les contamos toda la historia, desde que vimos la bola de fuego en la cima de la colina hasta que Sara-Li nos encontró en el bosque.

Nuestros padres nos miraban entre incrédulos y alucinados sin saber qué decir. Mientras esperaba el rapapolvo, metí las manos en los bolsillos del pantalón. Algo me molestaba en el bolsillo derecho y lo saqué. ¡Era la máquina de fotos!

—¡Esperad! —dije—. ¡Eché una foto antes de que explotara! —añadí mientras buscaba la imagen y se la mostraba en la pantalla de la cámara.

Ellos la miraron con atención durante unos segundos. Se podía apreciar perfectamente el brillo verdoso de la piedra.

Sin más que decir, nos quedamos esperando su reacción, pero ninguno de los dos habló.

En condiciones normales, antes de terminar, nuestro padre ya nos habría dado una colleja bien gorda seguida de un castigo bien gordo también, que al final se le olvidaba y casi nunca teníamos que cumplir.

Nuestra madre, sin embargo, rara vez perdía los papeles y pensaba las cosas con calma, pero cuando la hacíamos enfadar de verdad, era como un demonio del averno.



Y de sus castigos sí que no nos libraba nadie. Esos no había manera de saltárselos.

Sin embargo, en este caso nos tenían descolocados. Mamá nos miraba enfadada, pero la mirada de papá era más de preocupación que de enfado. Al final fue nuestro padre quien habló:

—Lo que habéis hecho no es ni medio normal. Ya hablaremos de vuestro castigo en el viaje de vuelta

—dijo con voz muy seria—. Pero ahora quiero que nos llevéis adonde ha caído esa piedra.

—¿Eeeh? —bufó nuestra madre—. ¿Acaba de explotarles un..., una..., bueno, lo que sea y quieres volver allí? —preguntó sorprendida.

—Tenemos que localizar el sitio —replicó nuestro padre—. Si a los chicos les pasa algo, necesitamos saber dónde ocurrió para que puedan analizar la zona —añadió convencido.

Quizá él lo tenía claro, pero mamá, no tanto y se lo pensó durante unos segundos. Al final, imagino que acabó por convencerle la idea porque, dando un suspiro, se agachó a por la mochila.

—En marcha entonces —dijo—. Si tenemos que localizar el sitio, vayamos cuanto antes, que todavía tenemos mucho camino de vuelta hasta el campamento.

Parece que Maxi entendió lo que queríamos y, poniéndose delante del grupo, nos llevó directos al cráter.

Nada había cambiado allí. El silencio era el mismo y también el mismo pequeño montón de rocas seguía cubriendo el fondo.

Nuestros padres se acercaron al borde y miraron el interior del agujero como si hasta ahora no acabaran de creerse lo que les contábamos.

Después de unos segundos, nuestro padre comenzó a descender despacio y, para nuestra sorpresa, Sara-Li lo siguió. Los demás mirábamos desde arriba observando sus movimientos.

Cuando papá llegó abajo, se agachó y tomó un puñado de piedras de las que cubrían el fondo. Jugaba con ellas entre los dedos mientras las miraba pensativo. Al final se guardó en el pantalón una de las más grandes y dejó caer las demás.

Sara-Li, mientras tanto, jugueteaba agachada con los fragmentos de roca que cubrían el suelo, removiéndolos con el dedo.

Con la mano todavía en el bolsillo, nuestro padre comenzó a caminar pendiente arriba y Sara-Li se incorporó y subió tras él.

Óscar y yo intercambiamos una mirada de extrañeza. Papá estaba un poco raro y misterioso. No era propio de él comportarse así.

Cuando llegó arriba, debió de ver la inquietud en nuestra mirada y relajó la expresión.

—¡Esa roca ha quedado pulverizada!
— dijo —.



Si solo con rozarla la habéis dejado así, tenéis más fuerza de lo que pensaba —añadió bromeando mientras nos removía el pelo.

A pesar del intento de quitarle hierro al asunto, todos podíamos ver que algo le rondaba por la cabeza. Pero bueno, tratándose de nuestro padre, pronto nos íbamos a enterar.

La vista del cráter y el silencio del lugar resultaban sobrecogedores y nos acabaron contagiando a todos.

Nadie tenía ganas de hablar y en la caminata de vuelta hasta el campamento no cruzamos ni una palabra.

A Óscar y a mí, además, se nos hizo especialmente dura porque todavía estábamos un poco atontados por la explosión. Después de hora y pico caminando, llegamos tan machacados que nos dejaron meternos en el coche a descansar mientras nuestra madre preparaba un tentempié y nuestro padre desmontaba el campamento con la ayuda de Sara-Li.

Un rato antes habíamos decidido en reunión familiar que ya habían sido suficientes emociones para un fin de semana y que, después de comer algo para recuperar fuerzas, nos volveríamos para casa tranquilamente.

Por el camino ya nos fuimos encontrando mejor, pero ya te decía yo que a nuestra madre no se le

escapaba una y durante el viaje de vuelta nos tocó agachar las orejas y escuchar una buena bronca.

Por supuesto, también nos cayó un buen castigo: por parte de mamá, una semana entera sin tablet y encargándonos de poner y quitar la mesa. Y papá añadió que teníamos que ayudarle a ordenar el garaje.

Creo que se pasaron un poco, pero después de ocultarles la caída de un meteorito, de montar una excursión tapadera y de volar por los aires en medio del bosque, cualquiera se ponía a discutir con ellos...



ESPERANDO UNA SORPRESA

Esa noche nos fuimos a la cama sin cenar.

Lo que necesitábamos de verdad, era una buena cura de sueño.

En algún momento de la mañana siguiente, me desperté al escuchar como Óscar me llamaba. Abrí un ojo y la luz que entraba a través de la persiana me cegó.

Debía de ser casi mediodía.

Buscando evitar la ventana me giré y pude ver el perfil de mi hermano, aunque miraba hacia el otro lado. Qué raro.

Me senté en el borde de la cama y cuando me escuchó moverme, se dio la vuelta.

—¡Hombre! Se levantó «la bella durmiente» — dijo incorporándose—. Llevo un buen rato despierto y empezaba a aburrirme. Estaba ya pensando en llamarte.

—¿Pensando? ¡No lo has pensado! Me acabas de llamar hace un segundo —repliqué.

—¿Yo? Me parece que todavía estabas soñando, chaval —respondió—. Yo no he dicho nada.

—¿Cómo que no has dicho nada...? ¿Seguro...? Pues sería un sueño —añadí sin esperar respuesta—. Pero me ha sonado tan real...

Óscar salió de la cama y se acercó hasta la ventana.

—¡Ahh! Por lo visto, mamá nos ha dejado dormir —dijo mientras se estiraba—. Creo que será casi la hora de comer. ¡Tengo un hambre!

Después de decir esto, se quitó el pijama y se vistió a trompicones mientras salía por la puerta del dormitorio, y pude escuchar los dos saltos que a veces daba para bajar las escaleras seguidos del grito de nuestra madre.

—¡¡¡Óscaaar!!! ¡Que no bajes las escaleras saltando! —chilló desde su despacho.

Es que este hermano mío no acababa de espabilar.

Me vestí sin acabar de desperezarme del todo y mientras bajaba a la cocina, mis tripas rugieron como un oso enfurecido. Pues sí que debía ser tarde.

Cuando entré en el comedor, Óscar ya estaba atacando el frigorífico.

Y justo en ese momento, mamá y Sara-Li aparecieron a mi espalda y asomaron la cabeza por la puerta.



—¡Acordaos de que os toca a vosotros poner la mesa esta semana! —dijo nuestra hermana con tonillo.

—Yo tengo todavía para un ratito trabajando —dejó caer nuestra madre— y papá llega en media hora. Por cierto, ha dicho que tenía una sorpresa para vosotros —añadió mientras desaparecía de

nuevo por la puerta—. ¡Ah! Y ni se os ocurra tocar el frigorífico, que es casi la una y luego no coméis nada —gritó desde el despacho, dando el asunto por zanjado.

Óscar cerró la puerta del frigo, fastidiado por no haber sido más rápido. No sé si la espera se nos hizo larga por el hambre, por la sorpresa o por todo junto, pero cuando nuestro padre entró por la puerta, parecía que llevábamos esperando medio año.

Al menos, habíamos aprovechado el tiempo para poner la mesa y, en cuanto llegó, nos sentamos a comer. Óscar se puso a engullir y durante un rato fue como si no estuviera, pero yo estaba ansioso porque sabía que cuando nuestro padre hablaba de una sorpresa, solía ser algo interesante de verdad.

—Papá..., mamá ha dicho que tenías una sorpresa para nosotros —solté sin esperar más.

—Bueno... sorpresa, lo que se dice sorpresa... No sé yo... —bromeó, haciéndose de rogar.

Óscar terminó de tragar lo que quedaba en su plato y me echó una mano, sumándose a la petición.

Hasta Sara-Li se unió al coro de reclamaciones para que hablara.

Al final, mamá le dio un codazo para que no revolucionara más la mesa y nuestro padre arrancó:



—Veréis... No sé si os lo había contado alguna vez, pero de joven siempre me gustó la astronomía y hace años, antes de que vosotros nacierais —dijo mirándonos a Óscar y a mí— estuve asociado a un club local de astrónomos aficionados y nos juntábamos de vez en cuando para hacer salidas nocturnas a contemplar el cielo.

—¿Astronomía? —preguntó Óscar—. ¿Estrellas y todo eso?

—Bueno, es mucho más que mirar estrellas, pero dejadme terminar. En aquel momento, el presidente del club era un profesor de origen ruso que daba clases en la universidad. Se llamaba Sergey Antonov, aunque todos le llamábamos Sergio —prosiguió.

—¿Antonov? ¿Como el avión ese enorme que vimos en un video? —pregunté yo.

—Eso es. Hacía años que no sabía del club, pero he buscado en Internet y sigue existiendo, y Sergio sigue siendo el presidente. —Aquí hizo una pausa para darle un poco de dramatismo al tema. ¡Por favor, qué teatrero era para contar historias!

—¡Papá, termina de contarlo de una vez! —protestó Óscar.

—Vale, vale. Ya termino. Sergio y yo éramos buenos amigos aunque, después de dejar el club, perdimos el contacto. Pero hoy he hablado con él, y cuando le he contado lo que os pasó el domingo, de inmediato me ha invitado a que vayamos a su despacho en la universidad. Quiere que se lo contéis en persona —dijo recostándose en la silla.

—¿Ir a la universidad? ¿Nosotros? —preguntó Óscar.

—Sí. He quedado con él esta misma tarde. En cuanto salga de la tienda, paso a buscaros —añadió—. Sergio es todo un personaje. Os va a encantar. Vais a conocer al mejor cazador de meteoritos del país.

7

UN CAZADOR DE METEORITOS

Sara-Li decidió que esto no era para ella.

Y se ahorró todas las veces que nos perdimos por los pasillos de la universidad por la manía de nuestro padre de no preguntar. ¿Pero qué problema tendrá en preguntar cuando no sabe cómo llegar a algún lado?

Yo lo llamo el síndrome de «tranquilos, que ya estamos» y la versión más peligrosa se produce cuando vamos en coche. Ahí podemos avanzar kilómetros y kilómetros sin saber dónde estamos hasta que nuestra madre toma el control.

Espero que no me pase lo mismo al hacerme mayor.

Después de pasar tres veces por la misma esquina y terminar por admitir que no sabíamos salir de aquel laberinto, Óscar se adelantó y preguntó a una chica que ya nos miraba raro.

Con sus indicaciones, en cinco minutos encontramos, por fin, el despacho del profesor al fondo de un pasillo olvidado para el resto del mundo a juzgar por el aspecto del suelo y las paredes.

Un rótulo desgastado, pegado sobre el yeso, nos confirmó que habíamos dado con nuestro objetivo. «Profesor Sergey Antonov, Departamento de Astrogeología».

¿Astrogeología? ¡Guau! Había leído algo acerca de eso en algún sitio. Aquello prometía.

Nuestro padre dio un par de golpecitos en la puerta y sin esperar respuesta abrió y entró.

Un señor mayor que papá, vestido como se debía vestir hace treinta años y con una sonrisa contagiosa, avanzaba ya hacia nosotros después de dejar atrás su vieja mesa.

—¡Álex! —dijo sin disimular su alegría—. Cómo me alegro de verte. Vaya sorpresa cuando me has llamado esta mañana.

Se dieron un apretón de manos.

—¡Hola, chicos! —dijo dirigiéndose a Óscar y a mí, que nos habíamos quedado en la puerta sin saber qué hacer—. Pero pasad, pasad... No os quedéis ahí —añadió mientras volvía a sus dominios tras la mesa.

Un vistazo al despacho nos acabó de convencer de que estábamos ante un personaje muy especial.



Un montón de fotografías cubrían casi toda la superficie de las paredes y en la mayoría de ellas se veía a un Sergio Antonov con diferentes edades junto a pedruscos de todo tipo y tamaño. Supusimos que serían meteoritos.

Lo que no estaba cubierto por fotografías estaba ocupado por libros que, después de llenar a reborar

las estanterías de los armarios disponibles, habían tenido que buscar sitio en el suelo, apilándose en torres que llegaban a la altura de la mesa.

La única concesión que el profesor había hecho a la decoración eran algunas macetas que se disputaban con los libros un trozo de suelo libre.

Sergio Antonov nos miraba sonriente mientras observábamos las fotografías de la pared.



—Por lo que veo, has aprovechado el tiempo — dijo papá después de dar un buen repaso a las imágenes del despacho—. He leído en Internet que tu colección privada de meteoritos es de las más importantes del país.

—Bueno, no es para tanto —dijo el profesor quitándole importancia—. Los que pueden tener interés científico los dono al museo de la universidad y solo me quedo con los demás.

En ese momento se inclinó sobre la mesa y se dirigió directamente a nosotros.

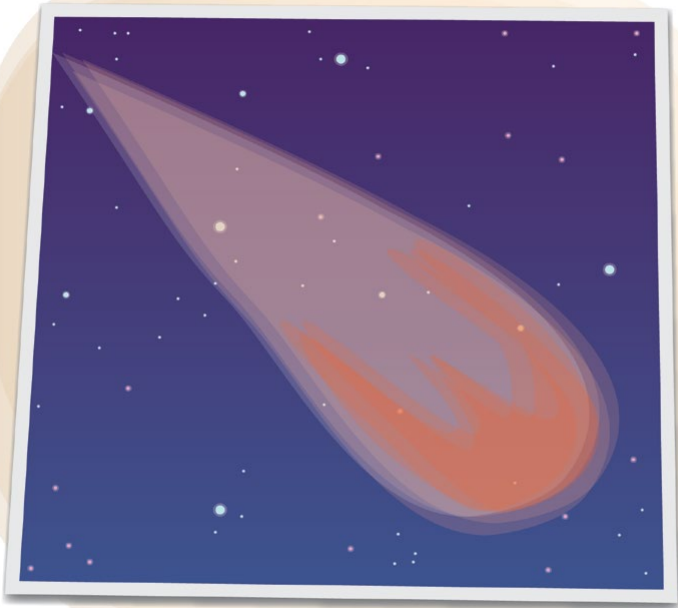
—Vuestro padre me ha dicho que sois dos chicos muy listos y seguro que ya sabéis lo que es un meteorito —dijo mientras señalaba las fotos de las paredes—. Pero ¿sabéis por qué son tan importantes para la ciencia? —preguntó volviendo la mirada de nuevo hacia nosotros.

Óscar y yo negamos con la cabeza, esperando su explicación.

—Lo primero que tenéis que saber es que en la Tierra no queda ninguna roca original del momento en que se formó, hace unos 4.500 millones de años —comenzó.

—¿Cómo que no quedan rocas? Si la tierra está llena de rocas —dijo Óscar sin pensar mucho sus palabras.

—No he dicho que no queden rocas. He dicho que no quedan rocas originales —apuntó el profesor—. Todas las rocas terrestres han sufrido transformaciones, y a través de ellas no podemos saber cómo era la materia original que formó nuestro planeta o el resto del sistema solar —continuó.



—¿Y cómo hacen entonces para poder saberlo?
—pregunté yo.

—Pues gracias a que parte de aquella materia que dio origen al sol y a los planetas sigue flotando en el espacio tal y como era al principio. Y de vez en cuando, algún trozo cae en la tierra y nos permite analizarlo para saber más sobre nuestros orígenes.

Hizo una pausa mientras su mirada se perdía lejos del despacho. Después volvió a mirarnos y recostándose en su silla, concluyó:

—Cuando encuentras un meteorito, casi es como tener un trocito del universo original en la mano.

Óscar y yo estábamos flipados escuchándole. Hasta nuestro padre se había dejado contagiar por su entusiasmo.

—Quizá hayáis oído hablar de algunos meteoritos famosos. ¿Qué me decís? ¿Os acordáis de alguno? —preguntó sacándonos de nuestro mutismo.

—¿El de los dinosaurios vale? —dijo Óscar sin estar muy seguro.

—¡Respuesta acertada! Sin duda, ese es el que se lleva el premio a la popularidad —dijo Sergio sonriendo—. Se supone que cayó en el golfo de México hace 65 millones de años y también se supone que causó la extinción de los dinosaurios. ¿Os suena algún otro?

Negamos con la cabeza después de pensar un momento.

—Pues hay otro que también es muy interesante —explicó—. En el año 1908, en la región siberiana de Tunguska, cayó otro enorme meteorito que provocó una explosión tan grande que tumbó todos los árboles en cientos de kilómetros a la redonda. Pero para sorpresa de los científicos que lo fueron a estudiar, cuando llegaron allí, no encontraron ni cráter ni meteorito. Curioso, ¿verdad?

Óscar y yo seguíamos fascinados. Escuchándole no nos costaba nada imaginarnos a nosotros mismos estudiando extraños meteoritos en lugares remotos.

Nos dejó soñar un rato más y al final tomó la palabra de nuevo.

—Aunque, si estoy en lo cierto —dijo, mirándonos—, creo que lo que me vais a contar vosotros va a ser todavía más interesante que todo eso. ¿Me equivoco? —añadió y dejó la pregunta en el aire.



UNA ANTIGUA FOTOGRAFÍA

Mi hermano y yo nos miramos sin saber muy bien por dónde empezar. Igual fue porque me gusta contar historias o igual fue por el codazo que me dio Óscar, pero al final fui yo el que comenzó a hablar.

Le relaté de nuevo todo el episodio mientras mi hermano apuntaba algún dato de vez en cuando. Nuestro padre también escuchaba, aunque estaba más atento a las reacciones de Sergio que a nuestro relato, que ya conocía.

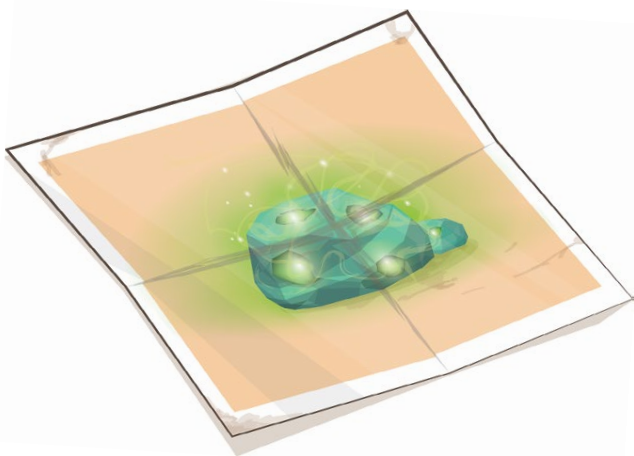
Cuando llegamos a la parte en que le describimos la roca con la luz verde palpitante, el profesor se removió inquieto en su silla, aunque siguió sin decir nada.

Le relatamos también la explosión luminosa y cómo Sara-Li nos encontró. Y terminamos la historia contándole cómo al volver al cráter, la piedra ya no estaba y en su lugar solo quedaban pequeños fragmentos.

Al mencionar los fragmentos, recordé que antes de salir de casa había impreso en una hoja la foto que hice de la roca.

La saqué un poco arrugada del bolsillo de atrás de mi pantalón, la desdoblé y la dejé en la mesa frente al profesor.

—¿Sacasteis una foto?—preguntó sorprendido mientras se inclinaba sobre ella—. Vuestro padre no me lo mencionó —añadió emocionado.



Cogió la hoja y, poniéndose unas gafas que segundos antes le colgaban sobre el pecho, la miró con atención.

Al instante, su cara cambió.

Sin ninguna explicación, se levantó de su silla muy agitado y se dirigió a una de las estanterías repletas de libros que había en un lateral del despacho.

Ignorándonos como si no estuviéramos allí, repasó durante un rato los lomos hasta que dio con lo que buscaba.

Sacó de su balda un libro con un aspecto bastante antiguo y lo llevó con él de vuelta a la mesa.

Lo abrió y paseó su dedo por encima del índice buscando algo.

Cuando lo encontró, fue a la página y nos la puso delante.

La hoja mostraba una foto antigua en blanco y negro donde se veía un pequeño cráter con una roca en el fondo.

—¡Guau! ¡Es igualita a nuestra piedra pero un poco más grande! —exclamé sobresaltado.

—Este meteorito lo encontraron unos cazadores hace más de 50 años en la región rusa de Evenkia, en Siberia.

El profesor hablaba de memoria, sin necesidad de leer el pie de foto.

—Pero lo más curioso —prosiguió— es que cuando al cabo de un tiempo los geólogos rusos llegaron allí para estudiar la roca, toda la vegetación de la zona había crecido desmesuradamente, pero la piedra ya no estaba y en el fondo del cráter solo quedaba un pequeño montón de arena y polvo. Nadie pudo estudiarla nunca.

Con el tiempo, el asunto se olvidó y lo único que quedó fue la pequeña reseña que habéis visto en este viejo libro ruso de la historia de los meteoritos.

—¿Y qué tiene eso que ver con nuestra piedra?
—preguntó Óscar.

—Pues porque después de aquello nunca había vuelto a oír algo parecido —dijo haciendo una pausa—. Nunca... hasta hoy —concluyó emocionado.

Los tres nos quedamos en silencio, digiriendo las palabras del profesor hasta que Óscar se enderezó en su silla y se giró hacia nuestro padre.

—¡Papá! ¡Tú guardaste un pedazo de los que quedaron en el fondo del cráter!

—¡Es verdad! —confirmé yo.

Y todas nuestras miradas se volvieron hacia él que enrojeció como un colegial.

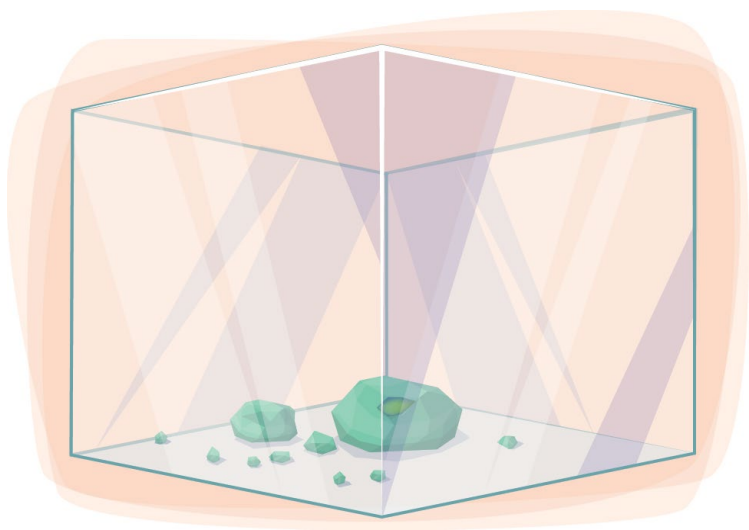
—¡Vale, vale! Menos mal que me lo habéis recordado —dijo un poco avergonzado—. Lo metí en el bolsillo antes de salir de casa para traerlo y con la emoción, casi se me olvida —dijo mirando al profesor mientras rebuscaba en su pantalón.

—¡Aquí está! —añadió, dejando sobre las manos de Sergio una bolsita de plástico con una piedra dentro.

—¿Te has dado cuenta de que pesa mucho para el tamaño que tiene? —pregunto el profesor mientras sostenía la bolsita en la mano, sopesándola.

—¡Sí! —respondió nuestro padre contento—. Todavía recuerdo algunas de las cosas que me enseñaste sobre meteoritos. En casa, incluso probé a ver si un imán se quedaba pegado. Y cuando estuvimos allí, tuve cuidado de anotar la posición GPS —dijo satisfecho.

El profesor pareció no escuchar la respuesta de papá y completamente absorto, tomó el contenido de la bolsa y lo colocó en una pequeña caja de plástico transparente que había sacado de uno de sus cajones.



Del mismo cajón sacó también una enorme lupa y con ella en la mano, se acercó a la piedra y la observó con atención.

—¡Es increíble! ¡Puede que la hayamos encontrado! —dijo hablando para sí mismo, sin apartar la mirada de la caja.



Estuvo un par de minutos más estudiando el fragmento desde todos los ángulos hasta que, por fin, lo dejó sobre la mesa, se recostó en la silla y nos miró diciendo:

—¡Quiero ver el sitio cuanto antes! ¿Cuándo me podéis llevar allí?

9

UNA NUEVA AMIGA

Era sábado por la mañana y junto a nuestro padre y al profesor Antonov viajábamos camino del Lago de los Osos adonde íbamos a llegar en pocos minutos.

Dejamos el coche de Sergio en el claro donde la semana anterior habíamos montado el campamento e iniciamos la marcha siguiendo los mismos pasos de nuestra anterior excursión.

Al principio pensamos que el profesor no podría ir a nuestro ritmo, pero enseguida vimos que estaba en forma y nos seguía sin ninguna dificultad.

Al cabo de una hora, habíamos llegado al lugar donde estuvimos comiendo los bocatas y desde allí comenzamos la búsqueda en serio.

Fuimos un poco ilusos al pensar que no íbamos a tener ningún problema para localizar el sitio.

A medida que nos acercábamos a la zona donde pensábamos que tenía que estar el meteorito, la vegetación se iba volviendo más espesa y dificultaba mucho nuestro avance.

Después de un rato de dar vueltas, el profesor se dio cuenta de que andábamos un poco despistados y sacó su GPS.

Usando las coordenadas que le había dado nuestro padre, en cinco minutos nos cruzamos con la zanja y, siguiéndola, enseguida llegamos al cráter.

Cuando nos asomamos al borde, la desolación fue general al comprobar que ya ni siquiera quedaban fragmentos. En el fondo del cráter solo aparecían depositados los restos de un montón de polvo que el viento no había conseguido hacer volar.

Aunque no dijo nada, el profesor fue el más afectado y la desilusión podía leerse con claridad en su rostro. A pesar de eso, bajó hasta el fondo en silencio, cogió un montoncito del polvo que quedaba y lo guardó en un frasco.

Después, mientras subía de vuelta por la pendiente, echó un vistazo alrededor y nos preguntó:

—Corregidme si me equivoco, pero la semana pasada toda esta vegetación no estaba así, ¿verdad?

—No —dijo Óscar—. Es como si hubieran echado crecepele vegetal —añadió abriendo los brazos.

—Sí —dijo Sergio sonriendo—. Este no es el tamaño habitual para estas plantas. Toda la vegetación cercana al cráter ha crecido sin control —explicó señalándolas.

—¿Y todo esto es por nuestro meteorito? —pregunté mirando alrededor.

—¡Pues creo que sí! ¡Fijaos en los árboles! —dijo haciendo un gesto para que nos acercásemos adonde él estaba—. El musgo y los líquenes suelen crecer en la cara norte porque siempre es más fría y húmeda, pero ahora han crecido mucho más en la parte de los árboles que mira hacia el cráter.



Óscar y yo recorrimos los troncos cercanos para corroborar la teoría del profesor.

—Parece que, cuando la roca explota, hace crecer las plantas a su alrededor, pero a la vez se deshace —añadió contrariado.

—Sí. El efecto en la vegetación está claro —dijo nuestro padre—. Lo que no sabemos es si también afecta a los animales.

—O a los animales... humanos —añadió el profesor, mirándonos de reojo durante un instante.

—Bueno, por lo menos tenemos el fragmento del despacho para que puedas analizarlo —concluyó papá.

—Sí, el lunes vuelven de vacaciones los del laboratorio y se lo llevaré. A ver qué encontramos —dijo Sergio—. ¡Bueno, chicos! Creo que aquí ya no tenemos nada que hacer. Álex, por favor, ayúdame a tomar unas muestras de plantas y nos vamos —añadió mientras se acercaba a unos enormes matorrales.

De repente, de entre los arbustos salió un pequeño animal que, en dos saltos, trepó a la cabeza del profesor. El pobre Sergio dio un gran bote hacia atrás, asustado.

Nuestro pequeño amigo era en realidad una amiga.

Se trataba de una pequeña ardilla roja que se movía nerviosa sobre el escaso pelo del profesor.

Sergio empezó a sacudirse la cabeza frenéticamente y el pobre animalillo no tuvo más remedio que escapar de allí y aterrizar entre nosotros.

Corrió como loca de un sitio a otro hasta que se paró a los pies de Óscar que, lejos de asustarse, se quedó mirándola con ternura. Después se agachó y extendió su mano.

A mi hermano le encantaban los animales y, además, tenía un talento natural para tratar con ellos.

La ardilla subió a su palma de un salto y, mientras Óscar se ponía de pie, los dos se miraron.

Por un segundo, me pareció ver un brillo especial en sus pequeños ojos, pero fue solo un instante porque, de otro brinco, se colocó en el hombro de mi hermano y desde allí, acurrucada, nos observó a todos.





—¡Creo que quiere venir con nosotros! —dijo Óscar acariciándola—. Papá, ¿podemos quedárnosla, por favor? ¡Por favooooor! Prometo que yo me encargaré de ella.

En ese momento, te juro que la ardilla ladeó la cabeza y miró a papá. Parecía estar esperando una respuesta. Un segundo después, bajó del hombro de Óscar y aprovechando que la mochila de nuestro padre estaba abierta, se metió allí como dando el asunto por cerrado.

—¡Guau! ¿Habéis visto eso? ¡Esta ardilla es superinteligente! ¡Como yo! —dijo Óscar convencido—. Y además es rápida como una centella. ¡Creo que la voy a llamar *Flash*!

10 VOCES EN MI CABEZA

Todos reímos la ocurrencia de mi hermano y hasta la ardilla asomó la cabecita para ver qué pasaba.

El nombre de Flash le iba fenomenal.

¿Recuerdas que te había contado ya que nos encantan las películas de superhéroes? ¡Pues eso! Así que no te extrañe que Óscar eligiera ese nombre porque en aquel momento, Flash era su superhéroe favorito.

Sin más que hacer por allí, nos pusimos en marcha hacia el coche y durante el camino de vuelta, Flash hizo honor a su nombre y no paró quieta ni un instante, corriendo y saltando entre la mochila de nuestro padre y el hombro y la cabeza de mi hermano, que disfrutaba orgulloso de su nueva amiga.

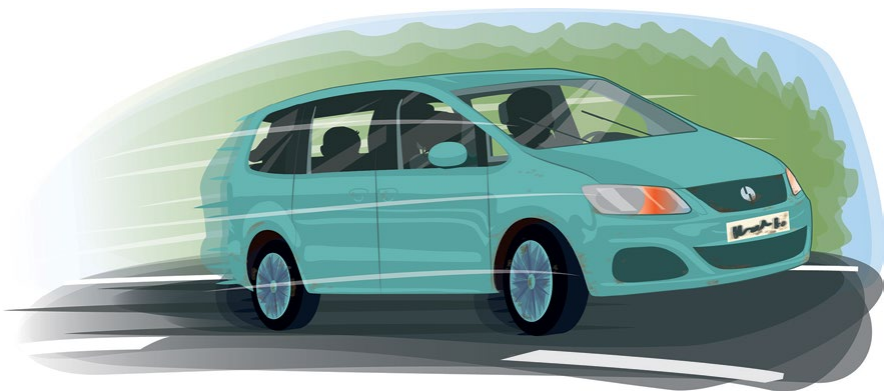
Yo pensaba que a mamá no le iba a hacer demasiada gracia este aumento de la familia, pero también estaba seguro de que en cuanto Flash la mirara con esos ojillos brillantes, se quedaba en casa, fijo.

Con el entretenimiento que tuvimos durante toda la caminata, Óscar y yo llegamos hasta el coche casi sin enterarnos, pero cuando nos paramos, nos cayó encima todo el cansancio de golpe. Para Sergio también había sido un esfuerzo considerable y, aunque intentaba disimularlo, se le veía cansado.

Papá se ofreció a conducir en el viaje de vuelta y, creo que más por no dormirse que por otra cosa, animó a Sergio a que nos hablara de sus aventuras buscando meteoritos.

No hizo falta insistirle mucho porque, a pesar de lo cansado que estaba, era evidente que le encantaba hablar de ello:

—¿Sabéis dónde es más fácil encontrar un meteorito? —nos preguntó girando la cabeza hacia el asiento trasero.



—¿En un museo de meteoritos? —respondió Óscar con su habitual ingenuidad para estas cosas.

La ocurrencia de mi hermano le hizo gracia al profesor, que soltó una carcajada antes de continuar.

—¡De acuerdo! Ese es el mejor sitio, pero ¿cuál sería el mejor después de ese? —insistió el profesor.

Nos encogimos de hombros mientras esperábamos la respuesta.

—El mejor sitio para encontrar meteoritos es un desierto. Sobre todo, un desierto llano y de tierra clara, porque es mucho más fácil localizarlos a simple vista y la sequedad del ambiente los conserva en perfecto estado —explicó.

—Pero un desierto es enorme. Podrías estar meses andando sin tropezarte con nada —dije yo—. ¿Cómo haces para encontrar la piedra en un territorio tan grande?

—Bueno. A veces es cuestión de suerte, pero si el meteorito es suficientemente grande, la NASA suele reportar posiciones estimadas de caída y así puedes ir directo a la zona que te interesa —respondió Sergio—. Hace un par de años estuve un mes en el desierto de Atacama, en Chile, y junto con un amigo chileno que tiene un museo de meteoritos en San Pedro de Atacama, conseguimos encontrar cinco ejemplares nuevos, uno de ellos de casi dos kilos de peso.

—Un ejemplar de dos kilos ya es un gran trofeo, chicos —apuntó nuestro padre.

—Cuando te acercas y lo sostienes en la mano, la sensación es indescriptible —dijo Sergio recordando su viaje—. Si cierras los ojos, puedes sentir la fuerza primitiva que late dentro de él.

Todos le escuchábamos extasiados, disfrutando de sus historias e imaginando aventuras.

Hasta Flash se había quedado sentada en las piernas de Óscar, muy atenta a las palabras del profesor, que seguía hablando en el asiento delantero.

De pronto, la voz de Óscar interrumpió mis fantasías:

—Yo, de mayor, también voy a ser cazador de meteoritos —escuché que decía mientras me giraba hacia él.

Pero él no me estaba mirando.

Ni siquiera estaba mirando al profesor o a papá. Estaba mirando por la ventana, sumido en sus pensamientos y parecía no haber dicho nada.

Flash, que se había colocado entre los dos, le miraba como si también le hubiera escuchado, pero ni nuestro padre ni el profesor se giraron ni hicieron ningún comentario. ¡Dios mío! ¿Óscar realmente no había dicho nada?



Y entonces, ¿por qué oía su voz?
¿Qué me estaba pasando?
¿El meteorito me había fundido la sesera?



CAZANDO ESTRELLAS FUGACES

Volvía a ser lunes.

El fin de semana había pasado y Flash se había integrado sin problemas en nuestra familia.

Corría arriba y abajo por la casa como si siempre hubiera vivido allí y se dedicaba a seguir a Óscar a cualquier sitio que fuera.

Sara-Li y Maxi se encariñaron muchísimo con ella en cuanto la vieron y nuestra madre, aunque se hizo un poco la dura al principio, enseguida buscó unos cacahuetes para darle de comer.

Flash tenía algo especial.

A pesar de la compañía de nuestra nueva amiga, yo había pasado el fin de semana preocupado por las voces en mi cabeza. Por fortuna, no habían vuelto a parecer.

Al mediodía, el profesor Antonov nos dio una alegría cuando llamó a nuestro padre para pedirle que

nos pasáramos por su despacho. Según papá, había dicho que tenía novedades que nos iban a interesar.

Esa tarde, volvimos a seguir a nuestro padre por los pasillos de la universidad. Flash se había venido con nosotros y desde el hombro de Óscar contemplaba a los estudiantes, que la miraban alucinados.

Por lo menos, esta vez conocíamos el camino.

Cuando llegamos al despacho del profesor, la puerta se encontraba entreabierta, así que la empujamos un poco y asomamos la cabeza por el hueco.

La pequeña habitación del otro día atestada de fotos y libros, ahora también estaba tan llena de plantas, que parecía una selva virgen.

Nos abrimos paso entre la maraña de tallos y hojas y al otro lado, sentado en su silla, un profesor Antonov tranquilo como si aquello fuera lo más normal del mundo, nos saludó con su habitual sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola, chicos! Pasad, pasad... Si podéis, claro —dijo riéndose de su propia broma.

Apartando ramas de todos lados, nos sentamos como pudimos y le miramos esperando una explicación.

El profesor miró una cajita de plástico transparente que estaba encima de la mesa.



—Esto es lo que queda de vuestra piedra —dijo señalando la cajita.

Óscar y yo nos inclinamos sobre ella y lo único que pudimos ver fue un montoncito de arena en el fondo.

—Parece que esta roca tiene dos manías: ¡hacer crecer las plantas y desaparecer! —bromeó el profesor—.

Cuando he sacado la caja esta mañana para llevarla al laboratorio, estaba así. Creo que otra vez nos quedamos sin analizarla. Aunque en realidad no os he llamado por eso.

El profesor rebuscó algo en el barullo de su mesa y Flash aprovechó la pausa para cambiar de posición y subirse a la cabeza de mi hermano.

—La buena noticia —continuó Sergio leyendo la hoja que había encontrado— es que ya tengo los resultados de los análisis de las plantas que trajimos del bosque y también de las que me he encontrado aquí esta mañana y ninguna tiene rastros de radiación o alteraciones genéticas —explicó.

—¿O sea, que no nos vamos a convertir en un montón de babas verdosas? —preguntó Óscar como si la noticia le hubiera desilusionado.

—Pues ya siento decepcionarte, pero creo que, de momento, vais a seguir con vuestra forma humana —respondió Sergio sonriendo—. No sabemos lo que hace esa energía, pero no parece perjudicial. Podéis quedaros tranquilos. Además, ahora que tengo mi propia selva en el despacho, voy a seguir con las investigaciones.

Si encuentro algo importante, os lo contaré.

En ese momento estuve a punto de decirle lo de las voces en mi cabeza, pero al final me callé porque,

después de dos días, ni siquiera estaba seguro de que hubiera ocurrido en realidad.

—¡Esperad! Aún tengo otra buena noticia que creo que os gustará a los tres..., bueno, a los cuatro —dijo mientras miraba a Flash y volvía a rebuscar algo entre las montañas de papeles de su mesa.

Por fin lo encontró y nos lo puso delante. Era un cartel de una excursión para el fin de semana.

—Este sábado, aprovechando que dan buen tiempo y no hay luna, el club organiza un bautismo astronómico. Es una salida para cazar estrellas fugaces y aprender a localizar las constelaciones más importantes.

También llevaremos unos cuantos telescopios y os enseñaremos a usarlos —nos explicó—. He supuesto que os podría interesar.

¡Claro que nos interesaba! Óscar y yo nos giramos hacia papá esperando que dijera que sí.



—A mí me encantaría ir —dijo papá—, pero este sábado mamá y yo tenemos una cena.

Óscar y yo nos desinflamos sobre nuestras sillas. ¡Aquel plan había sonado tan fantástico!

—Pero podéis ir vosotros si queréis, porque Sara-Li se va a quedar en casa de tía Laura y no tenéis que quedaros con ella —añadió nuestro padre sonriendo.

—¡Bieeen! —gritamos al unísono.

—¡Pues no se hable más! —dijo el profesor contento—. Pasamos a buscaros el sábado por la tarde con la furgoneta del club —sentenció recostándose en su silla y apartando una rama que le cayó sobre la cabeza.

¡Ufff! ¡Qué lentos pasan los días cuando esperas algo que te hace ilusión!, ¿verdad?

Pero, por fin, llegó el sábado, y la furgoneta con Sergio al volante pasó a buscarnos.

En poco más de una hora estábamos en el claro que usaba el club para las acampadas. Cuando el sol se puso por detrás de las colinas que rodeaban la ciudad, nuestro campamento de observación nocturna estaba ya preparado.

Mientras esperábamos a que los últimos restos de claridad desaparecieran en el horizonte, el profesor

nos señaló algunos puntos luminosos que ya empezaban a aparecer.

Flash había venido con nosotros y asistía al espectáculo sin parar quieta ni un momento.

En cuanto la oscuridad cubrió por completo el cielo, pudimos localizar la constelación de la Osa Mayor, que era la única que nos sonaba.



Sergio nos enseñó también a encontrar la Osa Menor de la que formaba parte la Estrella Polar, que indicaba el Norte.

También vimos Casiopea, Orión y algunas más.

Estuvimos un buen rato entretenidos, con el profesor enseñándonos a mirar el firmamento, hasta que uno de nuestros compañeros vio la primera estrella fugaz de la noche.

Nos giramos en la dirección que señalaba justo a tiempo para verla desaparecer.

—Bien, chicos —dijo el profesor—. Empieza el baile. Vamos a cazar estrellas fugaces. Y si veis una grande, no os olvidéis de pedir un deseo —dijo guiñándonos el ojo—. Nunca se sabe...

La noche fue avanzando.

Y las estrellas fugaces fueron apareciendo cada vez con más frecuencia.

Hasta que, en un momento en que Óscar y yo estábamos mirando hacia el mismo sitio, una brillante bola de luz cruzó la oscuridad frente a nosotros.

Fue tan grande que duró varios segundos y dejó una estela visible para todos.

Entonces, nos acordamos de las palabras del profesor y los dos cerramos los ojos al mismo tiempo y pronunciamos nuestro deseo.

En ese mismo instante, la voz de Óscar atronó de nuevo en mi cabeza y cuando abrí los ojos, me encontré con los suyos, abiertos de par en par, mirándome.

Y esta vez, no tuve ninguna duda.



¿QUÉ NOS ESTÁ PASANDO?

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Óscar en susurros, mientras me agarraba del brazo.

—Pues una estrella fugaz —dije fingiendo tranquilidad para asegurarme de que había oído lo mismo que yo.

—¡Eso no! Me refiero a la voz —añadió nervioso—. ¡He oído tu voz dentro de mi cabeza!

Flash había saltado al suelo y sus ojillos brillantes alternaban de uno a otro según íbamos hablando.

—¡O sea, que es cierto! —dije satisfecho—. ¡Yo llevo días oyendo la tuya, pero hasta hoy pensaba que me estaba volviendo loco!

Entonces, se quedó un momento pensando y su cara cambió del asombro a la burla.

—¿De verdad has pedido la paz mundial? —preguntó bajando la voz como si aquello fuera algo vergonzoso—. Y con eso, ¿cómo se juega? —añadió con ironía.

—¡Pues anda que tú! —le dije, un poco ofendido—. ¿Puedes pedir lo que quieras y solo se te ocurre pedir la colección completa de Lego Technic?

—Bueno... Por lo menos, con lo mío te puedes divertir —añadió convencido.

Sin hacerle mucho caso, me quedé pensando un momento.

—¿Te das cuenta de lo significa esto? —le pregunté sacudiéndolo por los hombros.

—¡Claro! Que has perdido una oportunidad única para pedirte un robot Mindstorm —respondió sin inmutarse.

Óscar tenía un impulso irrefrenable de decir tonterías en los momentos más inoportunos, así que le ignoré.

—Significa que nos hemos dicho cosas con el pensamiento, sin necesidad de hablar —exclamé mientras me tocaba la cabeza con el dedo—. El meteorito nos hizo algo y ahora somos telépatas.

—¿Telépatas? ¿Cómo que telépatas? Telépata lo serás tú, ¿eh?

—¡Chist, calla! Déjame pensar... —dije tapándole la boca—. ¡Ya sé! Lo primero que vamos a hacer es asegurarnos —continuó—. Voy a concentrarme en un número cualquiera y a ver si lo oyes en tu cabeza. ¿Vale?

Cerré los ojos y me concentré por unos segundos. Cuando los abrí, Óscar me estaba mirando hinchado como un pavo real.

—¡Has pensado el 93! —dijo satisfecho.

—¡Ostras, chaval! Esto funciona —le confirmé.

—Lo he escuchado superclaro —exclamó él—.

¡Qué pasada! ¡Esto es la caña!

—¡Vale, vale, calma! Ahora te toca a ti —le dije—. Piensa un número.

Óscar cerró los ojos y se concentró mientras en ese mismo instante un nombre y una imagen aparecieron con nitidez en mi cabeza.

—¡Tramposo! ¡No has pensado un número! —protesté—. Has pensado en Sonia.



Sonia era nuestra mejor amiga, aunque ahora estaba pasando unos días en casa de sus abuelos.

—¡Toma, toma y toma! ¡Esto funciona de verdad! —dijo Óscar moviéndose nervioso—.

¡Somos «telépotas»! —me susurró mientras se ponía a saltar y bailar a mi al-



rededor y después me abrazaba.

—No seas burro. Se dice telépatas — le corregí, quitándome de encima—. Y lo más increíble es que no solo funciona con palabras. También funciona con imágenes —añadí.

—¡Vaya flipe, esto es «fantastinante»! —dijo Óscar

entusiasmado.

¡Ese era mi hermano! Ya te irás acostumbrando, pero, entre otras rarezas, a veces cuando se emociona, le da por inventarse palabras.

¡Una manía como otra cualquiera, oye!

Nuevas estrellas fugaces cayeron frente a nosotros, pero Óscar seguía a lo suyo.



—¿Te has dado cuenta de que podemos chivarnos las respuestas en los exámenes? —dijo sin el más mínimo atisbo de culpabilidad.

¡Ya ves!

¡Cuando te decía que mi hermano era increíble, no te estaba mintiendo!

Acabábamos de descubrir que teníamos telepatía y lo primero que pensaba era en copiar en los exámenes. ¡No me lo podía creer! Bueno..., en realidad sí.

—¿Pero tú estás mal de la cabeza o qué? —le grité mientras le empujaba a un lado—. ¡Conmigo no cuentas para eso, chaval!

Estábamos tan absortos en nuestra conversación que no oímos al profesor acercarse por detrás. Cuando escuchamos su voz a nuestra espalda, nos dio un



susto tremendo. Hasta Flash pegó un bote enorme y se subió a la cabeza de Óscar.

—¡Hola, chicos! ¿Todo bien por aquí? —preguntó sin esperar respuesta—. Llevo un rato observándoos y diría que habéis descubierto alguna cosa importante.

Óscar y yo nos miramos sin decir nada.

—Quizá ese meteorito hizo algo más que haceros volar fuera del cráter. ¿Verdad? —preguntó mientras nos miraba y sonreía misterioso.

Imagino que nuestra cara de sorpresa le dio la respuesta que esperaba porque, sin más palabras, nos rodeó por los hombros, y apartándonos un poco del resto del grupo, nos dijo:

—¡Venid! Quiero contaros una vieja historia.

13

UNA VIEJA HISTORIA RUSA

Mientras nuestros compañeros seguían cazando estrellas fugaces, el profesor nos condujo a un pequeño promontorio donde se sentó en el suelo y, con un gesto, nos invitó a hacer lo mismo frente a él.

—No os he contado antes esta historia porque no sabía cómo iba a afectaros el meteorito, pero creo que ahora es un buen momento.

Cerró los ojos durante unos segundos como buscando las palabras y empezó a hablar:

—Cuando mi hermano y yo teníamos más o menos vuestra edad, nos sucedió algo. Vivíamos en un pequeño pueblo en el distrito ruso de Evenkia. En ocasiones, acompañábamos a nuestro padre y a nuestro tío en sus salidas de caza y aquel fue uno de esos días.

El profesor tomó aire. Óscar y yo podíamos sentir la emoción en sus palabras.



—Recuerdo que aquella mañana llevábamos ya dos o tres horas andando cuando una enorme bola de fuego cruzó el cielo sobre nosotros. La seguimos con la mirada hasta que se estrelló un par de kilómetros al norte.

»Al principio, nuestro padre y nuestro tío no querían ni oír hablar de ir en busca de aquello, pero mi hermano y yo insistimos tanto que al final cedieron. Eran buenos rastreadores y conocían la zona así que lo encontramos enseguida.

»Cuando nos asomamos al cráter, pudimos ver en el fondo una piedra rodeada de luz verde. En aquellos tiempos ya había cámaras de fotos y nuestro padre solía llevar una cuando salíamos a cazar, porque también le gustaba fotografiar animales. Recuerdo que sacó su cámara, se agachó sobre el borde y disparó.

—¿Vosotros también sacasteis una foto? —pregunté yo asombrado.

—Sí. La foto del meteorito ruso que visteis en el libro del despacho es la que hizo nuestro padre aquel día —aclaró—. Apenas estuvimos el tiempo necesario para sacar la foto, porque enseguida nuestro padre y nuestro tío empezaron a sentirse nerviosos y nos obligaron a dejar el lugar, haciéndonos prometer que no volveríamos por allí nunca.

—¿Y lo cumplisteis? —preguntó Óscar.

El profesor esbozó media sonrisa en la oscuridad.

—Bueno..., mi hermano estaba dispuesto a mantener su promesa porque el meteorito le había asustado, pero yo no podía quitarme de la cabeza aquella



luz que latía y conseguí convencerle para volver al día siguiente.

»Pensamos que iba a ser más fácil, pero nos costó

encontrarlo. Cuando lo hicimos, la roca seguía allí, palpitando con ese resplandor verde que nos hipnotizaba.

»Nos acercamos a ella despacio hasta que estuvimos casi al lado y, en el momento en que más confiados estábamos, un fogonazo verde nos lanzó por los aires. No sabemos cuánto tiempo pasó, pero cuando despertamos, nos encontrábamos mareados y doloridos.

»Conseguimos acercarnos de nuevo al cráter, pero la roca había desaparecido y solo quedaban pequeños fragmentos en el fondo.

—¡Eso es exactamente lo que nos pasó a nosotros!
—dije yo emocionado.

—¡Sí! Por eso, cuando me lo contasteis el otro día en el despacho, no me lo podía creer.

Hizo una pausa para retomar el hilo.

—Después de la explosión volvimos como pudimos al pueblo y no dijimos nada en casa por miedo

a la reacción de nuestro padre. Pero a los pocos días, empezamos a escuchar las voces del otro en nuestra cabeza cada vez con más frecuencia, hasta que nos dimos cuenta de que podíamos comunicarnos con el pensamiento.

»Mi hermano se asustó mucho y me hizo jurar que no se lo contaría a nadie, porque tenía miedo de que nos trataran como a bichos raros.

»Pero, con el tiempo, se fue acostumbrando y aprendimos a controlarlo. Hasta le pusimos nombre, lo llamamos «proyectar».

»Desde entonces ha llovido mucho, pero nunca le habíamos contado esta historia a nadie..., hasta hoy. Por cierto, le he «proyectado» a mi hermano sobre vosotros y os manda saludos desde Krasnoyarsk —dijo sonriendo.

Los tres nos quedamos allí, sentados en silencio. Tardamos un poco en reaccionar y Sergio esperó con paciencia, comprendiendo lo que sentíamos en ese momento.

—Lo que os hizo el meteorito a tu hermano y a ti... —comencé yo titubeante—. Bueno..., parece que es lo que nos pasa a nosotros y...

—¡Somos telépatas! —dijo Óscar interrumpiéndome y presumiendo de la nueva palabrita que había aprendido.

—Chicos —prosiguió el profesor mientras se inclinaba hacia nosotros—, lo que os pasa no es ni malo ni peligroso. Esa piedra os ha entregado un don especial y, cuando aprendáis a usarlo bien, vais a poder ayudar a mucha gente con él.

Dejó unos segundos para que la idea se posara en nuestras cabezas.

—Además, ¿quién sabe? —dijo bajando un poco la voz—. Quizá en el futuro descubriráis alguna otra sorpresa relacionada con el meteorito; aunque eso ya lo tendréis que averiguar por vosotros mismos.

»Y ahora, ¿qué os parece si seguimos viendo estrellas? Creo que ya son demasiadas emociones para una noche y aquí hemos venido a mirar al cielo, ¿no? —dijo mientras se levantaba y desentumecía las piernas.

Los tres juntos volvimos con el resto del grupo.

—Por cierto, me ha parecido escuchar algo cuando me acercaba a vosotros antes —dijo Sergio situándose en medio de los dos—. Yo no voy a contárselo a nadie, pero nada de hacer trampas en los exámenes, ¿eh? —añadió mientras le daba una palmadita en el hombro a Óscar, que bajó la cabeza, avergonzado.



OTRA EXPLOSIÓN

El resto de la noche la pasamos genial, disfrutando de un montón de estrellas fugaces que no pararon de caer.

Nos inventamos un juego en el que cada vez que caía una estrella grande, teníamos que pensar en un deseo y «proyectarlo», y el otro tenía que decirlo para ir entrenando nuestra nueva capacidad. Cuanto más jugábamos, más raros y divertidos eran los deseos y más nos partíamos de risa.

El profesor y los demás compañeros nos trataron de maravilla y cuando, al cabo de unas horas, las estrellas se cansaron de caer, acabamos todos alrededor de un fuego contando todo tipo de historias y tomando un chocolate caliente que nos sentó fenomenal.

A mi hermano se le ocurrió darle a probar un poco a Flash y le encantó, pero con lo nerviosa que era de

por sí, le pegó tal subidón de energía que estuvo media hora corriendo y saltando sin parar entre la gente del grupo, que se lo pasó en grande con ella.

Al final, todos caímos rendidos en los sacos de dormir. Incluso Flash, que cuando se le pasó el acelerón, se quedó dormidita en una cama que le preparó Óscar con un forro polar.



Al día siguiente nos levantamos tarde y después de un buen desayuno con el chocolate que había sobrado, desmontamos el campamento y la furgoneta del club nos dejó en casa poco antes del mediodía.

La comida fue aburrida.

Nuestros padres habían trasnochado y nosotros también, y los intentos de Sara-Li para animar a la familia no acabaron de funcionar.

Ni siquiera los saltos y carreras de Flash consiguieron animarnos.

Todos necesitábamos una buena siesta.

Terminamos enseguida y cada uno se fue a su habitación, pero a pesar de lo cansados que estábamos, no conseguíamos dormir.

Habían sido muchas emociones y descubrimientos y todavía teníamos que asimilar nuestra nueva situación.

Los dos estábamos tumbados panza arriba en la cama con un montón de pensamientos dando vueltas en la cabeza.

Y Flash tampoco es que ayudara mucho moviéndose por toda la habitación y saltando de un sitio a otro.

—¡Txano! —susurró Óscar al cabo de un rato.

Me gire hacia él sin responderle.

—¿Te das cuenta de que somos algo así como unos X-Men? —dijo mirándome.

Me hizo gracia su ocurrencia y tuve que reconocer que tenía razón.

—También estaba pensando en lo que nos dijo el profesor de ayudar a la gente —continuó—. ¿Cómo crees tú que podríamos hacerlo? Solo nos decimos cosas con la mente. Eso no son poderes de verdad como ser superfuertes o superrápidos...

—No tengo ni idea —respondí girándome de nuevo hacia el techo—. Creo que lo primero es aprender a usarlo bien y después ya veremos...

Me parece que no le dejé demasiado tranquilo con mi respuesta porque al cabo de un par de minutos volvió al ataque:

—¡Txano! —susurró algo más fuerte.

—¿Quééé, pesado? —contesté con desgana.

—Creo que tengo un poco de miedo —confesó—. Me asusta pensar que un día, el poder desaparezca y...

No pudo terminar la frase.

Flash dio uno de sus saltos y se paró sobre su cabeza.

Se quedó allí, estirada, mirando fijamente hacia la puerta como si hubiera oído algo. Un segundo después dio otro bote y salió pitando de nuestro cuarto sin que pudiéramos ver adonde iba.

No tuvimos tiempo ni de pensar en seguirla, porque justo en ese momento un fogonazo verde atra-

vesó el pasillo desde la habitación de nuestra hermana y nos hizo saltar de la cama.

Nuestros padres tenían la puerta cerrada y debían de estar durmiendo de verdad porque no dieron señales de vida.

El cuarto de Sara-Li estaba frente al nuestro y en dos zancadas nos plantamos allí. En cuanto asomamos por la puerta, Flash saltó hacia nosotros con el susto todavía en los ojos y se subió al hombro de Óscar.

El primer vistazo al dormitorio nos asustó.

Sara-Li estaba aturdida y tirada en el suelo y Maxi, se acurrucaba a su lado, temblorosa y con el rabo entre las piernas.

—¿Qué ha pasado? —preguntamos mientras la ayudábamos a sentarse.

—No estoy segura —dijo todavía un poco atontada—. Al subir a la habitación recordé que, cuando





papá salió del cráter, yo también guardé una de las piedras antes de seguirle y se me había olvidado en el bolsillo del pantalón. La busqué para daros una sor-

presa y la dejé encima de la mesilla. Luego me tumbé a echar la siesta. Imagino que me quedé dormida —sacudió un poco la cabeza para aclarar las ideas—. Entonces, sentí como una explosión, pero sin ruido y, de pronto, estaba en el suelo. Después..., después habéis entrado vosotros.

Óscar y yo miramos hacia la mesilla, pero como ya sospechábamos, allí no había ninguna piedra y un montoncito de arena ocupaba su lugar.

En ese momento, la mirada de Maxi se clavó en nosotros y Flash saltó del hombro y se puso a su lado. De pronto, dos voces extrañas que no eran la de Óscar resonaron en mi cabeza.

¡No podía ser! Me giré hacia mi hermano y su cara de desconcierto me confirmó que él también las había oído.

—¡Dios mío! ¡Maxi! ¡Flash! ¿Vosotros también? —solté sin darme cuenta de que Sara-Li estaba delante.

15

¿DOS TELÉPATAS MÁS?

—¿Ellos también qué? ¿Qué pasa con Maxi y con Flash? —preguntó Sara-Li, espabilada por la curiosidad.

Óscar me dio un codazo por haberme ido de la lengua, pero eso solo consiguió que nuestra hermana se pusiera en guardia e insistiera todavía más.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo poniéndose en jarras—. ¡O me lo contáis ahora mismo, o lo contáis a la noche en la cena con papá y mamá delante!

Óscar y yo nos miramos indecisos. Nuestra hermana sí que sabía cómo presionar. Dudamos unos segundos, aunque sabíamos que era inútil.

—Te lo contamos si nos juras que lo mantendrás en secreto. Papá y mamá no pueden enterarse —dije mirándola a los ojos—. Por lo menos, hasta que nosotros se lo digamos.

Ella asintió y Óscar salió al pasillo a ver si había alguna señal de nuestros padres.

—Siguen dormidos —dijo entrando de nuevo en la habitación y cerrando la puerta tras él.



Los tres nos sentamos en el suelo y Maxi y Flash se colocaron entre nosotros mientras yo comenzaba a hablar:

—Verás..., después de la explosión del meteorito en el bosque, empecé a escuchar la voz de Óscar en mi cabeza. Al principio pensaba

que me estaba volviendo loco, pero ayer por la noche, mientras veíamos estrellas fugaces, ocurrió de nuevo. Pero esta vez nos ocurrió a los dos y cada uno pudo escuchar con claridad la voz del otro.

—¡Somos telépatas! —añadió Óscar interrumpiéndome y pavoneándose otra vez con la palabrita. ¡Vaya manía que le había dado!

Nuestra hermana le ignoró por completo y siguió mirándome esperando que continuara.

—El profesor Antonov se dio cuenta de que nos estaba pasando algo raro y se acercó. Después de preguntarnos, intuyó que era algo relacionado con el meteorito y nos contó una historia que le ocurrió cuando era pequeño.

—Esto es un secreto del profesor y no puedes contárselo a nadie bajo pena de muerte —advirtió Óscar—. ¿De acuerdo?

Sara-Li asintió de nuevo.

—Resulta que, hace muchos años, en Rusia —continué yo—, su hermano y él también encontraron un meteorito que les explotó. A partir de entonces empezaron a hablar entre ellos con el pensamiento. Cuando le confesamos nuestra capacidad, nos tranquilizó y nos aseguró que no debíamos preocuparnos porque no era ni malo ni peligroso.

Nuestra hermana seguía escuchando sin mover un músculo.

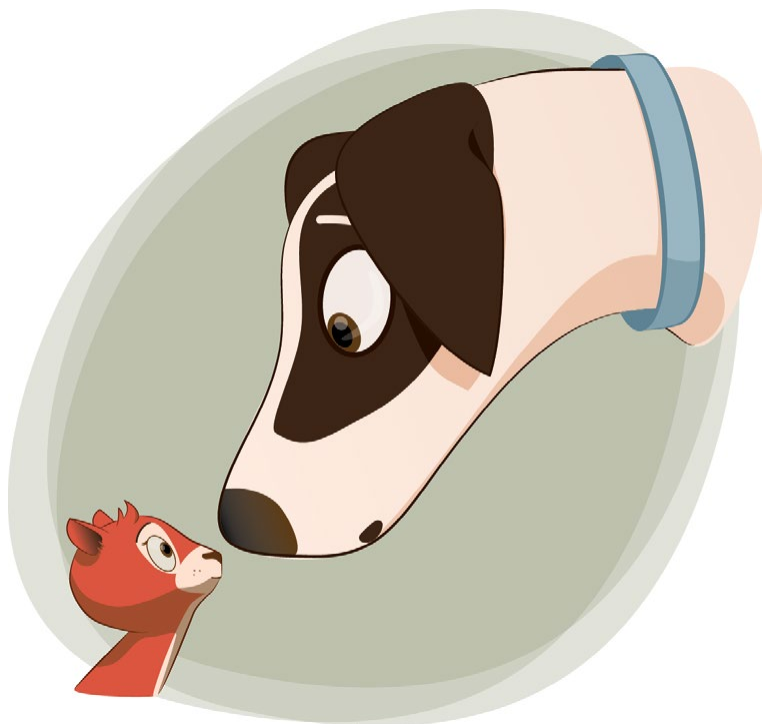
—Hasta hace cinco minutos esa era toda la historia —proseguí—, pero hace un momento, mientras estábamos hablando contigo, las voces de Maxi

y Flash han sonado en nuestras cabezas. No sabemos cómo, pero ahora ellos también nos pueden hablar.

Sara-Li paseaba su mirada alucinada entre los cuatro sin acabar de creerse lo que le estábamos contando. Conociéndola, no lo iba a aceptar así, sin más.

Y así fue. Después de pensar durante unos segundos, se inclinó hacia Óscar, le dijo algo al oído y se me quedó mirando expectante.

De inmediato, yo lo escuché en mi cabeza. ¡Uff! ¡Era una pasada...! Todavía no me acababa de acostumbrar a la sensación.



—Le has dicho que en el cajón de arriba de la mesilla hay un libro de Blancanieves —le dije sosteniendo la mirada.

Sara-Li se quedó boquiabierta y tardó unos segundos en reaccionar.

Pero nuestra hermana era difícil de impresionar y enseguida se repuso.

—¡Vaaale, os podéis comunicar con la mente! —dijo quitándole importancia como si estuviera hablando de bailar una peonza—, pero ¿y Maxi y Flash? ¿Cómo podéis comunicaros con ellos? ¡Si ellos no hablan!

—Pues no lo sé muy bien —dije mientras miraba a Óscar de reajo—. Hace un momento nos ha parecido oír sus voces, pero solo ha sido un instante, y tampoco sabemos si ellos nos pueden escuchar a nosotros.

Sara-Li nos miró por unos segundos con los ojos muy abiertos y después movió la cabeza a izquierda y derecha, como si no se pudiera creer que tuviera un par de hermanos tan parados.

—¿Y a qué estáis esperando para comprobarlo? —dijo mientras se levantaba y me arrastraba del brazo hasta una esquina de la habitación—. ¡Vamos a hacer la prueba ahora mismo! —añadió convencida.

Pero ¿de dónde habría sacado nuestra hermana ese carácter?

Nos quedamos allí parados, mientras Óscar, Maxi y Flash nos miraban esperando.

—¿Puedes decirle a Maxi que coja una muñeca que tengo debajo de la cama? —me susurró al oído.

Le respondí encogiéndome de hombros, pero me concentré, intentando enviar el mensaje.

Maxi me miraba sin pestañear y un segundo después se incorporó, se metió bajo la cama y salió de allí con una muñeca en la boca que dejó con cuidado a nuestros pies.

—¡Haaala! —dijo Sara-Li que estaba empezando a disfrutar con aquello—. Esto es..., es...

—¿«Flipástico»? —añadió Óscar, que volvía a las andadas con su manía de las palabritas.

—¡Iba a decir sorprendente! —dijo nuestra hermana resoplando—. Y ya puestos a probarlo del todo, ¿por qué no le dices a Flash que coja algo de encima del armario? —añadió.

Me concentré de nuevo y Flash empezó a andar hacia mí mientras intentaba transmitirle el mensaje.

A medio camino se paró y se dio la vuelta, subió al armario y nos mostró una pelota de ping-pong que, vete a saber desde cuándo, estaba allí, perdida. Después volvió y la dejó en el suelo frente a nosotros.



—¡Guuuuu! —soltó Sara-Li agachándose a por la pelota.

—¡Im-pre-sio-nan-te! —dijo Óscar mientras Flash daba un salto y se sentaba en su hombro—.

Eres una campeona —añadió girándose hacia ella y acariciándola con la nariz.

En ese momento Maxi se levantó y se acercó también adonde estaba mi hermano, acurrucándose entre sus piernas.

—¡Vaya, vaya! Tú también quieres mimos, ¿eh? —le dijo mientras le rascaba la cabeza.

Me senté junto a Óscar y me sumé al reparto de mimos entre nuestras mascotas; pero, cuando levanté la vista, Sara-Li seguía parada en la esquina con cara de preocupación. La miré a los ojos y pude adivinar lo que estaba pensando.

—Sé lo que te preocupa —le dije con voz tranquila—. Tú también has estado expuesta a la explosión.

Ella solo levantó la cabeza y me miró durante un momento sin decir nada.

—Ayer el profesor Antonov nos contó que quizá pudiéramos esperar alguna sorpresa más del meteorito así que quizá..., tú también...

—¡Igual te conviertes en un amasijo de moco verde fosforiiiito! —me interrumpió Óscar, levantando los brazos y haciendo una mueca monstruosa.

—No le hagas ni caso a este animal... Recuerda que el profesor nos dijo que no es peligroso —añadí para tranquilizarla.



Me acerqué hacia ella, la cogí de la mano y la senté junto a nosotros en el suelo.

—Mientras esperamos a ver qué te pasa a ti, podemos llamarnos Los cuatro telepáticos —dijo Óscar que seguía con su serie de ocurrencias

brillantes.

—O La liga de la telepatía —añadí yo por seguir con la broma.

Todos nos echamos a reír y Maxi se sumó a nuestro jolgorio con un par de ladridos. Incluso Flash lo celebró, saltando como loca de cabeza en cabeza. En aquel momento no podíamos ni imaginar lo que el destino tenía reservado para Sara-Li, aunque para llegar a eso todavía quedaban unas cuantas aventuras.

En medio de nuestras risas, se abrió la puerta de la habitación y apareció la cara de nuestro padre que debía haberse levantado de la siesta.

—¡Hoooola, chicos! Vaya fiesta que tenéis, ¿no?

Le hicimos caso por un instante, pero enseguida volvimos a cruzar nuestras miradas y seguimos riéndonos, ladrando y saltando.

Hasta nuestro padre se contagió y soltó una carcajada.

Pero se nos había olvidado un pequeño detalle:

El fragmento acababa de explotar y Sara-Li tenía una planta en su habitación.

Si hubiéramos sabido el tamaño que iba a alcanzar al día siguiente, quizá no nos hubiéramos reído tanto.





¡ESPERA, NO TE VAYAS TODAVÍA!

SI NOS ESTÁS LEYENDO DESDE EL PAÍS VASCO
O CATALUÑA, O SIMPLEMENTE TE GUSTARÍA PODER
LEER ESTE LIBRO EN EUSKERA O EN CATALÁN...

¡POR FAVOR!, ÉCHALE UN VISTAZO
A LA PÁGINA SIGUIENTE...

¡Hola! Somos Patricia y Julio,
los creadores de Txano y Óscar.

Si te ha gustado el libro, pero te gustaría
poderlo leer también en euskera o en catalán,
puedes ayudarnos a conseguirlo.

Colabora en nuestro proyecto de crowdfunding social.
¡Entre todos lo conseguiremos!

Kaixo! Patricia eta Julio gara,
Txano eta Oscarren sortzaileak.

Liburua gogoko baduzu, baina euskaraz edo katalanez
irakurri nahiko bazenu,
horixe lortzen lagundu gaitzakezu.

Crowdfunding sozialeko gure egitasmoan parte hartu.
Guztion artean lortuko dugu!

Hola! Som la Patricia i el Julio,
els creadors d'en Txano i l'Òscar.

Si t'ha agradat el llibre però t'agradaria
poder-lo llegir també en euskera o en català,
pots ajudar-nos a aconseguir-ho.

Col·labora en el nostre projecte de crowdfunding social
Entre tots ho aconseguirem!

Colabora en:/Parte hartu:/Col·labora en:



www.goteo.cc/txanoyoscar

Si te ha gustado esta aventura, puedes ayudarnos a publicar más libros haciendo *Like* en nuestras páginas de **Facebook**, **Twitter** o **Instagram**.



facebook.com/TxanoyOscar



twitter.com/txanoyoscar



instagram.com/txanoyoscar

También nos ayuda mucho que nos dejes una reseña positiva en la página del libro en **Amazon** o **Google Play**.

amzn.to/2xY1DnU

goo.gl/2k8vSC



¡Gracias por leernos!

julioypatri@txanoyoscar.com

www.txanoyoscar.com

-ÍNDICE-

1.	Hola, me llamo Txano	9
2.	El lago de los Osos	21
3.	Un meteorito explosivo	31
4.	¡Vaya susto!	40
5.	Una merecida bronca	46
6.	Esperando una sorpresa	53
7.	Un cazador de meteoritos	59
8.	Una antigua fotografía	67
9.	Una nueva amiga	74
10.	Voces en mi cabeza	81
11.	Cazando estrellas fugaces	86
12.	¿Qué nos está pasando?	95
13.	Una vieja historia rusa	101
14.	Otra explosión	107
15.	¿Dos telépatas más?	114

TXANO Y OSCAR

- LA COLECCIÓN -

1 - LA PIEDRA VERDE



2 - OPERACIÓN SABUESO



3 - EL DRAGÓN DE JADE



4 - EL SECRETO DE LOS DOGÓN





Si te ha gustado nuestra primera aventura,
no te pierdas la segunda: **Operación Sabueso**
¡Flipantástica!

Descárgatela GRATIS en:

www.txanoyoscar.com